JUAN B. ENSEÑAT

TRITÓN

O

UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO

Drama detectivista en cinco actos

TRITÓN

O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

TRITON

O

UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO

DRAMA DETECTIVISTA EN CINCO ACTOS, EN PROSA

BASADO EN UNA CAUSA CÉLEBRE

POR

JUAN B. ENSEÑAT

Estrenado con gran éxito en el Teatro-Circo, de Zaragoza, la noche del 28 de Mayo de 1903, por la compañía del primer actor del Teatro Español, de Madrid, don José González

REPARTO

Personajes		Actores
MARÍA.	(Un solo personaje.)	
PAULINA.	(24 años.)	Doña Luisa Calderón.
ADELAIDA (25 íd.).		» Amalia Ordóñez.
GENOVEVA (20 íd.).		» María Santoncha.
PALMIRA (20 íd.).		» Mercedes Estrella.
JULIA (23 íd.).		» Consuelo Méndez.
UNA CRIADA (25 íd.)		» P. Calderón.
TRITÓN (45 íd.).		Don José González.
LUCIANO (25 íd.).		» Fernando Estrella.
EL CONDE (50 íd.).		» Samuel Aguado.
CAYETANO (23 íd.).		» Rafael López.
DORVAL (30 íd.).		» José Palacios.
CALANDRIA (25 íd.).		» José Sánchez.
EL COMISARIO.		» José Guzmán.
EL JUEZ.		» Vicente Castillo.
EL LOBO (55 íd.).		» Pablo Chaves.
GASPAR (50 íd.).		» Alfonso Jorge.
EL ESCRIBANO.		» N. Bernáldez.
LORIOL (65 íd.).		» José Bernáldez.
UN PORTERO.		» N. Cazorla.

Dos agentes de orden público, que no hablan.

La escena en París.—Epoca actual

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

TITULOS DE LOS ACTOS

1.° EL CRIMEN DE LA CALLE DE TURÍN.
2.° EL COLLAR DE MARÍA FEDOR.
3.° LA MORGUE (DEPÓSITO DE CADÁVERES).
4.° LA AGENCIA FADIÉ Y COMPAÑÍA.
5.° JUEZ Y HERMANO.

ACTO PRIMERO

Elegante gabinete, en casa de María Fedor. Dos puertas a la derecha, una al fondo y otra a la izquierda. Balcón a la primera izquierda. Una cómoda en el fondo izquierda; encima de la cómoda un espejo, un reloj y dos candelabros con varias velas encendidas. Un velador con recado de escribir y un timbre, y un quinqué encendido, en el centro. Varias flores sobre una consola provista de espejo a la izquierda, primer término. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ADELAIDA, luego MARÍA

ADELAIDA ¡Las nueve! (Mirando el reloj.) ¡Y mi Tritón esperando en la calle! Se consumirá de impaciencia. (Mira por el balcón.) No le veo. (Se acerca a la puerta de la derecha, segundo término.) ¿Cuándo acabará de acicalarse la señorita?... ¡A ver si se marcha pronto a ese baile!... (Saca de la cómoda un par de guantes. Sale María por la derecha, segundo término, en traje de baile. Lleva en la mano un aderezo de brillantes en un estuche que coloca sobre la consola.)

MARÍA ¡Adelaida!...

ADELAIDA (Aparte, respirando.) ¡Ah!

MARÍA ¿Y mis guantes?

ADELAIDA ¿Estos? (Entregándoselos.)

MARÍA Sí. (Se sienta delante de la consola y se prende un par de flores en el peinado.) Dame ese aderezo. (Señalando a la cómoda.)

ADELAIDA ¡Ah! (Alto.) ¿Va usted a ponerse el aderezo de brillantes?

MARÍA Sí. (Distraída con su tocado.)

ADELAIDA ¡Qué imprudencia, señorita!... yendo sola... de noche.

MARÍA ¿A qué viene ese temor?

ADELAIDA Es que...

MARÍA Me lo he puesto veinte veces en iguales circunstancias.

ADELAIDA (¡No contábamos con eso!)

MARÍA Además, es probable que me acompañe la señorita Emilia. Vendrá si no tiene compromiso.

ADELAIDA (Si se lleva los brillantes, nuestro plan se convierte en humo.)

MARÍA ¿Lo traes?

ADELAIDA (Si yo pudiera convencerla...) (Alto.) Señorita, como esas joyas son de tanto valor, yo no me las pondría de noche...

MARÍA ¡Vamos, déjate de tonterías!

ADELAIDA (Lo dicho: erramos el golpe.) (Coge el estuche que María dejó sobre la cómoda y va a ponerlo encima de la consola.) ¡Estas malditas joyas abrasan los dedos! (Alto.) ¿La señorita piensa volver tarde?

MARÍA No sé.

ADELAIDA No lo pregunto por nada, sino por saber si he de esperar a la señorita.

MARÍA No creo tardar... pero puede usted acostarse. (Suena el timbre en la antesala.)

ADELAIDA Han llamado.

MARÍA Será Emilia. (Adelaida va a abrir por el fondo.)

ADELAIDA (Mala noche eligió mi Roberto.)

MARÍA Mi jaqueca no quiere ceder esta noche. Siento haber prometido ir a ese baile. (Abre el estuche y saca unos pendientes, que se pone.)

ESCENA II

MARÍA, ADELAIDA y LUCIANO.

ADELAIDA ¡El señorito Luciano!...

MARÍA (Lavantándose.) ¡Luciano! (Con triste afabilidad.)

LUCIANO ¿Soy importuno?

MARÍA No, pero... (A Adelaida.) Puede usted retirarse.

ADELAIDA (Solo faltaba que viniese a entretenerla. ¡Y mi Tritón esperando en la calle.) (Retírase por el fondo.)

ESCENA III

MARÍA y LUCIANO.

MARÍA ¿A qué debo su nueva visita, Luciano?

LUCIANO Pasaba, he visto luz en el balcón...

MARÍA ¡Casualidad! (Con ironía.)

LUCIANO Pues sí, señora; ¡pura casualidad!

MARÍA Amigo mío, voy sospechando que su mal no tiene cura.

LUCIANO Así es, por mi desgracia.

MARÍA Pero, vamos a ver ¿qué pretende usted, Luciano?

LUCIANO Nada.

MARÍA ¡Entonces!

LUCIANO Viéndola a usted me hago la ilusión de que estoy contemplando a su hermana.

MARÍA Déjese usted de ilusiones, amigo mío. En los tres años que Paulina lleva de matrimonio, debiera usted haberla olvidado.

LUCIANO No puedo olvidarla, María.

MARÍA Porque no hace usted caso de mis consejos.

LUCIANO Sí, los escucho, pero no tengo bastante fuerza de voluntad para suprimir mis visitas a esta casa.

MARÍA Porque es usted débil.

LUCIANO No, porque soy desgraciado; porque el único consuelo que me queda, es el de recordar a Paulina contemplándola a usted.

MARÍA No vaya a enamorarse de mí por el parecido. (En broma.)

LUCIANO Entonces sí que mi desgracia sería com-

pleta. Pero si a mis ojos son ustedes idénticas, no las confunde mi corazón.

MARÍA ¿Qué logra usted, pues, con venir a avivar sus penas?

LUCIANO ¿Qué logro? Recobrar fuerzas en mi propio dolor, porque sin las noticias que de vez en cuando me da usted de Paulina, yo no podría vivir.

MARÍA Nadie muere de amor, Luciano.

LUCIANO Pero el que ama sin esperanza, vive en eterna agonía.

MARÍA Hay que olvidar.

LUCIANO ¡ Imposible !

MARÍA Paulina se hubiera casado gustosa con usted si la necesidad de salvar a nuestra madre de la miseria y de la muerte, no la hubiese obligado a aceptar la fortuna que el conde la ofrecía con su mano.

LUCIANO De nada la culpo. Conmigo no podía esperar más que privaciones y desdichas. ¡ Ni siquiera tenía yo un nombre que ofrecerle !

MARÍA Paulina se hubiera considerado honrada con el que usted lleva.

LUCIANO El nombre que llevo es prestado ; bien lo sabe usted.

MARÍA ¿Qué importa, si es el de un hombre de bien?

LUCIANO (Con exaltación.) ¡ Oh ! ¡ Eso sí ! ¡ Es el del hombre generoso que me prohijó al casarse con mi madre abandonada. El del autor de mis días, que mi propia madre me reveló al morir, es un secreto que bajará conmigo a la tumba.

MARÍA No hablemos de esas cosas, que le exaltan a usted siempre.

LUCIANO Seguiré llamándome Luciano Bernal... ¡ Así mi padre ignorará si existo !

MARÍA No reniegue usted de él.

LUCIANO Es el causante de todas mis desdichas.

MARÍA Involuntariamente sin duda...

LUCIANO ¡ Por favor, hablemos de otra cosa !

MARÍA Aún puedo disponer de algunos minutos.

LUCIANO Al entrar, me preguntó usted cuál era el objeto de mi visita.

MARÍA La pregunta era excusada.

LUCIANO Pues no lo era esta vez.

MARÍA ¡Ah!

LUCIANO Voy a explicarme, Agustina.

MARÍA ¡Agustina no existe! Para todo el mundo me llamo María Fedor.

LUCIANO Es verdad. (Con tristeza.)

MARÍA ¿Qué iba usted a decirme?

LUCIANO He conservado dos cartas de Paulina...

MARÍA ¡Dos cartas!

LUCIANO Las dos únicas que me escribió.

MARÍA Supongo que en nada pueden comprometer a mi hermana.

LUCIANO Aunque ni un solo mal pensamiento manchó nuestras relaciones, las cartas de Paulina contienen frases de cariño que la malicia podría interpretar en detrimento de su reputación.

MARÍA ¡Pues es preciso que me las devuelva usted! ¡En seguida! ¡No quiero que la tranquilidad y reputación de mi hermana corran el menor peligro! ¡Esas cartas!

LUCIANO En mi casa las tengo.

MARÍA (Levantándose.) ¡Pues hágame el favor de ir por ellas!

LUCIANO (Levántase.) ¿Esta noche?

MARÍA ¡Ahora mismo!

LUCIANO ¿No iba usted a salir?

MARÍA Volveré en seguida.

LUCIANO ¿Tanto le urge?...

MARÍA No estaré tranquila hasta tener esas cartas en mi poder. El menor descuído podría perder a mi hermana. ¡Todo hay que temerlo de la suspicacia del Conde.

LUCIANO (Con odio.) ¡De su marido!

MARÍA Está dominado por los celos. Sin esa desgracia, Paulina sería feliz.

LUCIANO ¡Feliz!

MARÍA — Así me lo escribió desde Nápoles hará cosa de un mes.

LUCIANO — ¡Ah! ¡Le escribió, y usted nada me había dicho!...

MARÍA — Me lo impedía la discreción. Por cierto que no me explico como se ha enterado de mi cambio de nombre. Mis extravíos la habrán hecho sufrir mucho en secreto... ¡Pobre hermana mía!... ¡Ah! Pronto la tendremos de vuelta... Pero ¡ay! me está vedado el visitarla... (Con pena.)

LUCIANO — ¡Pobre Agustina! (Ruido de un coche que se para a la puerta de la calle.)

MARÍA — ¡Ah! Ha parado un coche... Será mi compañera... (Mira la hora.) ¡Las nueve y media!

LUCIANO — Pues hasta luego.

MARÍA — Sí, sí, vaya usted por las cartas... Si vuelve antes que yo, tenga la bondad de esperarme un rato. No tardaré. (Suena dentro dos o tres veces el timbre de la puerta de entrada.)

LUCIANO — Vivo algo lejos.

MARÍA — Tome usted un coche. (En el momento que Luciano va a hacer mutis por el fondo, se oye dentro la voz de Cayetano y la de Palmira).

CAYETANO — (Dentro.) ¡Adelante, mujer, que en esta casa yo no gasto cumplidos!

PALMIRA — (Dentro.) Yo no conozco a tu amiga.

MARÍA — (A Luciano.) Va a encontrarse con esa gente. Salga usted por la escalera interior. (Quita la llave de la cerradura de la primera puerta de la derecha y se la da a Luciano, haciéndole desaparecer rápidamente. Adelaida, que aparece por el foro, oye las últimas palabras de María y se le ve cerrar la puerta.) Tome usted la llave... Vuelva por el mismo camino.

LUCIANO — ¡Hasta luego!

MARÍA — ¡Sin falta! Cierre por fuera. (Luciano se va, cerrando la puerta con llave.)

ADELAIDA — (¡Jugando al escondite!) ¡Señorita!...

MARÍA — ¡Que pasen! He oído a ese loco de Ca-

yetano. (Salen Cayetano y Palmira. Retírase Adelaida.)

ESCENA IV

MARÍA, CAYETANO y PALMIRA. Esta última se queda atrás como cohibida.

CAYETANO ¡El mismo, hermosa mía!...

MARÍA ¡Adelante!

CAYETANO Beso a usted... todo lo besable... (Le besa la mano. Gesto de impaciencia en Palmira que se queda rezagada sin ser vista de María.)

MARÍA ¿Qué ocurre?... Yo le suponía a usted en el baile del mejicano...

CAYETANO Ibamos allá cuando nos encontramos con Emilia en Terminus...

MARÍA La esperaba yo para ir juntas...

CAYETANO Tiene un compromiso serio que le impide venir... Iba a mandar recado, y yo me brindé a traerlo en persona.

MARÍA Es usted el hombre más amable del mundo.

CAYETANO ¿Quién no lo sería con la reina de las parisienses?

MARÍA ¡Reina sin corte!... (Palmira se sienta despechada en una silla del fondo.)

CAYETANO Porque sacrificó sus cortesanos a un solo favorito.

MARÍA Ya ni aun éste me queda.

CAYETANO Pero sí un chambelán, dispuesto desde luego a acompañarla a ese baile, dónde no le faltarán adoradores.

MARÍA ¡Ni lisonjas! (Palmira sigue haciendo gestos de impaciencia; cierra de golpe el abanico con fuerza levantándose y dando luego con él en la palma de la mano. Al ruido, Cayetano y María se vuelven.)

CAYETANO ¡Ah! ¡Qué distraído! Se me olvidaba presentar a usted mi nueva Dulcinea.

PALMIRA Tengo un nombre, señorito.

CAYETANO ¡Tiene dos! El que debe a sus papás...

Palmira Delorme... y el que debe a sus amigos... ¡ Nicotina !

PALMIRA ¡ Sobra el mote ! (María estrecha la mano a Palmira.)

MARÍA Tengo sumo gusto en conocerla...

PALMIRA Igualmente...

CAYETANO Es una perla, que descubrí en el fango del Moulin Rouge.

MARÍA Tomen ustedes asiento...

PALMIRA Gracias. (Vuelve a sentarse.)

CAYETANO ¿Aun no está usted pronta?

MARÍA Al momento. (Se acaba de arreglar delante de la consola.)

CAYETANO ¡ Ah ! Noticia fresca.

MARÍA ¿Cuál?

CAYETANO Somos vecinos.

MARÍA ¡ Me alegro !... ¿Y desde cuándo?...

CAYETANO Desde hace cuatro o cinco días.

MARÍA ¿Viven ustedes en la misma calle de Turín?

CAYETANO No ; en un entresuelo de la calle de San Petersburgo... número 6.

MARÍA ¡ Cayetano ! (Llamándole desde la consola.)

CAYETANO ¿Reina?...

MARÍA Deme ese collar que está encima de la consola.

CAYETANO El chambelán entra en ejercicio. (Cayetano saca el collar del estuche y lo examina.) ¡ Precioso collar !... ¿Regalo de su nabab?...

MARÍA Como mis otras joyas... como todo lo que poseo.

PALMIRA ¡ Ese sí que sería un amante rumboso !

CAYETANO ¡ Lástima que su manía de explorar países desconocidos le haya llevado al centro de Africa, donde es posible que se lo merienden los antropófagos ! ¡ Pero vaya un collar riquísimo ! ¿Qué piedra es esa del centro?...

MARÍA Una cimáfora.

CAYETANO ¿Una cimáfora? El nombre es tan raro como la piedra. (María se pone el collar.)

PALMIRA Podrías comprarme una para ponerla en

lugar de la falsa amatista de mi broche.

CAYETANO Hablaremos de eso... si te portas bien mañana.

PALMIRA ¿Mañana? ¿Por qué mañana?

CAYETANO Porque tendré que dejarte sola toda la noche.

PALMIRA (Con alegría.) ¿Sola? (Disimulándola.) ¡Ay! ¡Qué fastidio!

CAYETANO He de ir a un baile.

PALMIRA ¿No puedo ir contigo?

CAYETANO No.

PALMIRA (¡Mejor! Así podré ir con Calandria...)

CAYETANO No lo tomes a mal, gacela mía... pero yo no puedo presentarte en casa de los condes de Valmy.

MARÍA ¡Los condes de Valmy!

CAYETANO ¿Los conoce usted?

MARÍA (Confusa.) No... es decir... de oídas. ¿Pero están en París?

CAYETANO Hace tres días.

MARÍA ¡Ah!

CAYETANO (¿Tendrá algo que ver con el conde?...)

MARÍA (¡Paulina en París! ¡Y yo sin poder ir a abrazarla!) (Toca el timbre.)

CAYETANO Van a dar las diez. (Aparece Adelaida por el fondo.)

MARÍA (A Adelaida.) No se acueste... Espéreme, que no tardaré en volver.

CAYETANO ¡Cómo!... ¿Va usted a abandonarnos antes de que termine el baile?

MARÍA No me siento bien... Voy un instante por no desairar a ese extranjero.

CAYETANO (A María.) Apóyese en mi brazo hasta el coche.

MARÍA (Apoyándose.) ¡Vamos!

PALMIRA (¡Y yo a la cola! ¡Oh! ¡Mañana me desquitaré con Calandria!) (Vanse los tres por el fondo.)

ESCENA V

ADELAIDA; luego TRITÓN de mandadero, con la barba postiza.

ADELAIDA ¡Ay! ¡Por fin! Creí que no llegarían a marcharse. Estas muñecas necesitan Dios y ayuda para vestirse. A fuerza de acicalarse parecen algo. (Mira por el balcón.) Ya subieron al coche; algún día irán a pie... barriendo la calle, y no con las colas del vestido, sino con las escobas del ayuntamiento. (Ruido de un coche.) Ya se fueron... No veo a Tritón. (Tritón aparece por el fondo.)

TRITÓN ¡Santas y buenas noches!

ADELAIDA (Asustada.) ¡Ah!

TRITÓN ¿La señorita Fedor?

ADELAIDA ¿Qué se le ofrece?

TRITÓN ¡Un abrazo! (Se arranca la barba.)

ADELAIDA ¡Tritón!

TRITÓN ¡No grites, mujer! Y otra vez cuida de cerrar la puerta.

ADELAIDA ¿Se fueron sin cerrarla?

TRITÓN ¿Con qué no me habías conocido?

ADELAIDA ¡Cá, hombre! ¿Pero qué ocurrencia?...

TRITÓN ¿Iba a exponerme a que mañana pudiese reconocerme el portero?

ADELAIDA ¿Te vió subir?

TRITÓN No; aproveché el instante en que salió a cerrar la portezuela del coche.

ADELAIDA ¿Y qué hacemos ahora?

TRITÓN Arramblar con las joyas de la señorita.

ADELAIDA ¡Imposible!

TRITÓN ¿Imposible?

ADELAIDA Las lleva puestas.

TRITÓN ¡Mal rayo la parta! ¿Todas?

ADELAIDA ¡Todas!

TRITÓN ¡Maldita casualidad!

ADELAIDA Habrá que esperar otra ocasión.

TRITÓN La casa Fadié y compañía no puede esperar un día más; necesita fondos para mañana mismo.

ADELAIDA ¿Tan apurada es la situación de tu agencia?

TRITÓN ¡Mucho! ¿A qué hora vuelve esa señora?

ADELAIDA Pronto. Me dijo que esperase...

TRITÓN La aguardaré yo también. (Se sienta.)

ADELAIDA ¿Qué te propones?

TRITÓN No marcharme de aquí sin las alhajas.

ADELAIDA (Asustada.) ¿La vas a asesinar?

TRITÓN No llegará el caso. Sería una torpeza el cargar con un muerto inútilmente.

ADELAIDA ¿Pues?...

TRITÓN Espero persuadirla...

ADELAIDA Gritará.

TRITÓN No lo creas.

ADELAIDA ¡Por Dios, Roberto!

TRITÓN ¡Imprudente! ¡No vuelvas en tu vida a pronunciar este nombre!

ADELAIDA ¿No es el tuyo?

TRITÓN ¡Pues por eso! Si cometí la torpeza de confiarte mis secretos, no es razón para que la gente se entere de que soy el hijo segundo de los condes de Valmy y hermano del señor Procurador de la República; ni de que Fadié, director de la agencia Fadié y Compañía, del muelle de Plateros, y el bandido Tritón son una misma persona.

ADELAIDA Descuida.

TRITÓN Pero vamos a cuentas. ¿Qué tal te va en esta casa?

ADELAIDA En grande... con la sisa. Pero el servir a una aventurera es cosa contra la cual se subleva mi orgullo.

TRITÓN Pronto cambiarás de posición.

ADELAIDA ¿De veras?

TRITÓN Tenlo por seguro si sigues ayudándome.

ADELAIDA Soy tu esclava.

TRITÓN Vamos a explorar el terreno. ¿Dijiste que la ventana de tu cocina da a un tejado, y que por ese tejado se puede lle-

gar a una buhardilla que comunica con la escalera de la casa vecina?

ADELAIDA Sí.

TRITÓN Pues déjame asegurar la retirada. (Adelaida hace medio mutis con él por la puerta de la izquierda.)

ADELAIDA Vamos.

TRITÓN No; tú te quedas aquí por si ella vuelve. (Vase.)

ADELAIDA Mira que el paso es muy peligroso... No te vayas a caer. (Suena dentro el timbre de la puerta de entrada. ¡Ah!... ¡Han llamado! (Tritón retrocede, desde la puerta.)

TRITÓN Abre y nada temas.

ADELAIDA ¿Será ella? (Adelaida se va por el foro, dejando la puerta abierta. Tritón se acerca al foro de puntillas y escucha.)

ADELAIDA (Dentro.) Estoy sola.

TRITÓN No es ella. (Vuelve a marcharse de puntillas por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

ADELAIDA y PAULINA, con un velo espeso.

PAULINA Si insisto, es porque tengo mucho interés en dejarle escritas cuatro lineas.

ADELAIDA Aquí tiene usted recado de escribir.

PAULINA Gracias. (Se sienta al velador.)

ADELAIDA Sírvase usted tocar el timbre cuando concluya.

PAULINA Está bien.

ADELAIDA (¡Parecido más singular! ¡Hasta en la voz! A ver qué hace Tritón... no vaya a romperse el bautismo. (Vase por la izquierda. Paulina se alza el velo para escribir.)

PAULINA (Escribiendo.) «Hace tres días que estamos en París. Hasta esta noche no he podido escapar a la estrecha vigilancia de mi marido, cuyos celos le hacen ver sombras en las cosas más claras. ¡Ah! ¡Dichoso

el tiempo en que podíamos vernos sin obstáculos! Volveré a la primera ocasión. Quiero probarte que la condesa de Valmy te quiere como siempre te quiso tu Paulina.» (Dobla la carta sin cerrarla.)

ESCENA VII

PAULINA y LUCIANO, por la primera puerta de la derecha.

LUCIANO (¡Ah! ¡Ya está de vuelta!) Aquí tiene usted las cartas. (Confundiéndola con María, le presenta dos cartas atadas con una cinta.)

PAULINA ¡Luciano!

LUCIANO ¡Paulina! (Transición.) ¡Señora condesa!...

PAULINA (¡Dios mío!)

LUCIANO ¿Es visión o realidad?... Hace media hora, aquí mismo, su hermana decía que estaba usted en Italia.

PAULINA Agustina ignora nuestro regreso. Hace ya tres días que me encuentro en París, pero no pude venir antes a abrazarla. ¡Con qué impaciencia esperaba una ocasión! porque hace tres años que no la veo.

LUCIANO ¡Sí! Desde que se casó usted, haciéndome el más desgraciado de los hombres.

PAULINA ¡Luciano! (Con dulce reconvención.)

LUCIANO ¡Fuí un cobarde!... El día en que el cura la unía para siempre con el conde de Valmy, estaba yo oculto en un rincón de la iglesia, ahogando los sollozos que la angustia arrancaba de mi pecho. En aquel solemne instante quise gritar: «¡Paulina, no seas perjura!»

PAULINA ¿Perjura?

LUCIANO Pero me contuve con desesperado esfuerzo... ¡Por cobardía!...

PAULINA ¡Y usted me llama perjura, Luciano!

LUCIANO Repase estas cartas que venía yo a entregar a su hermana para que se las devolviese a usted. (Se las da.)

PAULINA Bien sabe usted que si me casé con el conde, fué por salvar a mi madre enferma. Ni usted ni yo teníamos recursos para llevarla a tomar las aguas prescritas por el médico.

LUCIANO El sacrificio no la arrancó a la muerte.

PAULINA Me queda el consuelo de haber prolongado sus días todo lo humanamente posible.

LUCIANO Y como el tiempo borra las huellas del pasado, hoy apenas se acuerda usted de mí, para amar al hombre que se aprovechó de nuestra miseria comprando la mano de una mujer que amaba a otro.

PAULINA Fuí leal al extremo de no ocultarle nuestras relaciones. ¡Ah! Por esto me llevó lejos de París. Es desconfiado y celoso.

LUCIANO Y sin embargo usted le amaba.

PAULINA Le debo mucha gratitud, y sus bondades compensan sus defectos.

LUCIANO ¡Sus bondades! (Con reconcentrada cólera.)

PAULINA Tenga usted en cuenta el respeto que debo de exigir para mi esposo.

LUCIANO ¡Ah! ¡Paulina, si usted supiera!...

PAULINA ¿Qué?

LUCIANO (Conteniéndose.) Nada; nada. No puedo hablar. Me lo impide un solemne juramento.

PAULINA ¿Qué enigma es ese, Luciano?

LUCIANO Una espantosa fatalidad. Yo la amo a usted con toda el alma...

PAULINA ¡Luciano! (Reconviniéndole con dignidad.)

LUCIANO Pero como no puede usted corresponder a mi amor, es preciso que no nos volvamos a ver jamás. ¡Adiós, Paulina!... ¡Adiós para siempre! (Vase precipitadamente por la derecha primer término.)

PAULINA ¡Corazón noble y leal!... ¡Ah!, tiene razón... hay seres marcados con el sello de

la desgracia. (Se sienta en el velador y añade a la carta:) «Acabo de ver a Luciano. Me entregó tu encargo. Gracias.» (Cierra la carta, toca el timbre y baja el velo.)

ADELAIDA (Saliendo por la izquierda.) (Creí que esas cuatro lineas no se acababan nunca.) ¿Señora?

PAULINA (Levantándose.) Tenga usted la bondad de entregar esta carta a la señorita tan pronto como vuelva. (Le da la carta.)

ADELAIDA Quedará usted servida. (Pone la carta sobre el mismo velador.)

PAULINA Gracias. (Se va por el foro seguida de Adelaida.)

ESCENA VIII

TRITÓN, después ADELAIDA.

TRITÓN Creí que echaba raíces... (A Adelaida que vuelve.) ¿Se fué ya?

ADELAIDA Sí.

TRITÓN Pues a preparar el golpe. (Adelaida apaga las bujías. La escena únicamente queda alumbrada por el quinqué.)

ADELAIDA Tengo miedo.

TRITÓN ¡Miedo! ¿de qué? Si tú no corres ningún peligro.

ADELAIDA ¿Y tú? ¿Estudiaste la retirada?

TRITÓN Todo concuerda con tus indicaciones. ¿Cuál es tu cuarto?

ADELAIDA Ahí, detrás del comedor. (Señala al fondo derecha.)

TRITÓN Cuando ella te mande retirar, enciérrate en tu cuarto y no salgas por nada.

ADELAIDA ¿Y qué más?

TRITÓN Lo demás no es cuenta tuya. ¡Ah! Vi bajar con ella un señorito que la acompañó en el coche. ¿Quién era?

ADELAIDA Un lipendi, el baroncito de Beruel.

TRITÓN ¿No vino nadie más esta noche?

ADELAIDA Una amiga del baroncito.

TRITÓN También la vi.

ADELAIDA Y la señora que acaba de marcharse.

TRITÓN ¿Y nadie más?

ADELAIDA ¡Ah! Estuvo aquí antes un joven... Un pobre diablo que viene de vez en cuando a ver a la señorita.

TRITÓN Algun amante.

ADELAIDA ¡Cá! ¡Si parece un desdichado! Yo creo más bien que ella le socorre dándole algún dinero... a cambio de ciertos servicios reservados.

TRITÓN ¿Cómo se llama?

ADELAIDA Luciano Bernal.

TRITÓN ¿Luciano Bernal?... Ese nombre me es desconocido.

ADELAIDA Según pude oir, ella le entregó esta noche la llave de la escalera interior. (Señalando a la puerta primera de la derecha.)

TRITÓN ¡La llave!

ADELAIDA Sí.

TRITÓN ¡Ah! Entonces todo va a pedir de boca.

ADELAIDA ¿Se te ocurre alguna idea?

TRITÓN Nadie me vió entrar... nadie me verá salir, seguramente... Se averiguará que ese hombre tenía en su poder la llave de esta puerta... ¿A quién han de acusar del robo sino a él?

ADELAIDA ¡Pues es verdad!

TRITÓN Tu señorita dará parte. Vendrá la policía. Se tomarán declaraciones. Entonces tú hablarás de ese Luciano Bernal... pero sin acusarlo de nada...

ADELAIDA Sin embargo, diré lo de la llave.

TRITÓN Naturalmente... mas sin meterte en honduras ¿entiendes?

ADELAIDA Pierde cuidado. (Ruido de un coche que para. Adelaida mira por el balcón.)

TRITÓN ¿Es ella?

ADELAIDA Sí.

TRITÓN ¿Sola?

ADELAIDA Sola.

TRITÓN Pues llegó el momento.

ADELAIDA (Estoy temblando.)

TRITÓN Sigue puntualmente mis instrucciones y cuidado con las imprudencias.

ADELAIDA (Escuchando.) Ya está aquí. (Tritón le hace seña de que calle y se va de puntillas por la izquierda. Adelaida hace mutis por el foro derecha.)

ESCENA IX

MARÍA, luego ADELAIDA.

MARÍA ¿Habrá vuelto Luciano con las cartas? (Toca el timbre. Entra Adelaida por el foro.) ¿Ha venido alguien? (Se quita el abrigo y el sombrero con ayuda de Adelaida.)

ADELAIDA (Muy turbada.) No, señora...

MARÍA (Me extraña... tuvo tiempo de sobra.) (Se quita el aderezo y lo pone sobre la cómoda.)

ADELAIDA ¡Ah! sí, señora...

MARÍA ¿Cómo?

ADELAIDA Decía que estuvo aquí una señora...

MARÍA ¿Una señora?

ADELAIDA Que dejó esta carta para usted. (Le da la carta. María lee el sobre.)

MARÍA (¡Letra de mi hermana!)

ADELAIDA ¿Me necesita usted para algo?

MARÍA No; puede usted retirarse.

ADELAIDA ¡Que usted descanse! (Se va por el fondo, cerrando tras sí la puerta, después de volverse con vacilación.)

ESCENA X

MARÍA.

(Abre precipitadamente la carta y lee.) ¡Hace tres días que se encuentra en París!... ¡Ese maldito baile es causa de que no hayamos podido vernos!... ¡Volverá!... ¡Me quiere lo mismo!... ¡Ah! ha visto a Luciano. ¡Le entregó sus cartas! ¡Ya estoy tranquila! (Coge el quinqué y se dirige a su

cuarto, segundo término de la derecha. La escena queda a obscuras.)

ESCENA XI

TRITÓN, por la izquierda, con una linterna sorda; luego MARÍA.

TRITÓN — Se retiró a su cuarto... ¿Dónde habrá metido el aderezo? Me pareció que aquí se lo quitaba... ¡Ah! ¡el collar! (Se lo mete en el bolsillo.) ¡Vuelve!... ¡Malhaya! (Le da la luz de una palmatoria con la cual vuelve María. Tritón va a retirarse por la puerta izquierda; pero comprendiendo que sería visto por María se esconde rápidamente detrás de las cortinas del balcón, por debajo de las cuales asoman sus pies.)

MARÍA — Se me olvidó guardar el aderezo... ¡Cómo! Hubiera jurado que lo dejé aquí. Esta noche no sé lo que me hago. (Se dirige al velador y nota un ligero movimiento en las cortinas del balcón; ve los pies de Tritón y da un grito.) ¡Ah!

TRITÓN — (Si grita estoy perdido.)

MARÍA — ¡Ladrones!

(Tritón se precipita sobre ella después de dejar la linterna en el suelo.)

TRITÓN — ¡Calla o mueres!

MARÍA — ¡Adelaida!

TRITÓN — ¿Callas? (Amenazándola con un puñal.)

MARÍA — ¡Socorro!

TRITÓN — ¡Calla!

MARÍA — ¡A mí!

TRITÓN — ¡Pues muere! (Le da una puñalada en el pecho.)

MARÍA — ¡Ah! (Cayendo al suelo. La palmatoria ha rodado también, apagándose. La escena vuelve a quedar a obscuras. Unicamente el rostro del cadáver queda alumbrado por la linterna. Tritón se pasa la mano por la frente como para coordinar sus ideas. Breve pausa.)

TRITÓN — ¡Lo que cuesta hacer callar a las mujeres!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín. Elegante pabellón con puerta practicable a la derecha. A la izquierda, en primer término, un cenador con mesa redonda, un banco y sillas; en último término otro pabellón al sesgo. En el fondo una calle de árboles, que se pierden hacia la izquierda entre el cenador y el pabellón. A la derecha otro banco. Sobre la mesa un timbre.

ESCENA PRIMERA

GASPAR y JULIA.

(Julia coloca sobre la mesa del cenador un servicio de café para dos personas, salvo la cafetera.)

JULIA — No dirá usted que no soy complaciente, señor Gaspar.

GASPAR — Mi querida Julia, es menester que se sacrifique hasta que yo haya completado el personal.

JULIA — ¿No tenía que venir un nuevo criado esta mañana?

GASPAR — Así me lo habían prometido... ¡Psé! No puede uno fiarse de nadie.

JULIA — ¿Cómo vamos a salir del paso, teniendo baile mañana. (Se oye un campanillazo a la derecha.)

GASPAR — Llaman a la verja.

JULIA — Voy a ver... (Se va por la derecha segundo término.)

GASPAR — Deja, que ya abrirá el portero... ¡La curiosidad!... ¡Ay, qué mal andamos de ser-

vicio! En los catorce años que llevo de mayordomo en esta casa nunca había pasado tantos apuros...

ESCENA II

GASPAR, JULIA y DORVAL.

JULIA — Señor Gaspar; este joven pregunta por usted.

GASPAR — ¡Adelante! (Será el nuevo criado.)

JULIA — (Es muy simpático.)

DORVAL — He sabido que los señores condes de Valmy necesitaban un criado y vengo a ofrecer mis servicios.

GASPAR — Efectivamente, necesitamos un ayuda de cámara.

DORVAL — No me importa la clase de trabajo.

GASPAR — ¿Trae usted buenos informes?

DORVAL — Vea usted (Le entrega una cartilla. Gaspar la examina.)

JULIA — (Parece listo.)

DORVAL — (Si entro en la plaza cuento descubrir al autor del crimen. (Gaspar, sin dejar de leer.)

GASPAR — ¿Quién le envía?

DORVAL — Un amigo mío, que sirve en la vecindad.

GASPAR — ¡Cómo se llama?

DORVAL — José.

GASPAR — ¡Pues quedo enterado! La mitad de los criados que conozco, se llaman José.

DORVAL — ¿Le satisfacen a usted los antecedentes?

GASPAR — No son malos. Si las condiciones le acomodan.

DORVAL — No soy exigente, ni me asusta el trabajo.

GASPAR — Setenta francos al mes; casa y comida, por supuesto, y un traje cada estación.

DORVAL — Perfectamente.

GASPAR — ¿Puede usted empezar el servicio desde hoy?

DORVAL — Desde ahora mismo.

GASPAR ¿Y sus bártulos?

DORVAL Iré por ellos esta noche, después del servicio.

GASPAR Julia, acompañe a este joven... ¿Usted se llama, (Leyendo en la cartilla.) Pedro Dorval.

DORVAL Servidor de usted.

GASPAR (A Julia.) Acompáñelo al cuarto que ha de ocupar. (A Dorval.) Vaya usted.

DORVAL Con su permiso... (¡Héteme en la plaza!)

(Julia y Dorval se van por la segunda derecha.)

GASPAR Parece buen muchacho... ¡Ah! ¡aquí viene el señor conde!...

ESCENA III

GASPAR y EL CONDE, por el pabellón.

CONDE Gaspar; que preparen el café. La señora condese va a bajar en seguida.

GASPAR Está bien, señor conde. (Medio mutis por la derecha.)

CONDE ¡Ah! Gaspar...

GASPAR Señor conde...

CONDE ¿Han traído los caballos?

GASPAR Aún no; pero hoy mismo estarán aquí. La señora condesa no tendrá que salir de nuevo en coche de alquiler.

CONDE ¿La condesa ha tenido que salir en coche de alquiler?

GASPAR Sí, señor; anoche. Afortunadamente eran ya cerca de las diez y nadie la vió salir.

(El conde, preocupado, hace seña a Gaspar de que se vaya. Este se va por la derecha.)

ESCENA IV

EL CONDE, luego GASPAR y TRITÓN.

CONDE ¿Por qué me habrá ocultado Paulina su salida de anoche? No pensé que conmigo pudiera tener secretos. ¿A dónde habrá ido?

GASPAR ¡El señor vizconde de Valmy! (Anunciando.)

CONDE (¡Mi hermano!) (Alto.) Diga usted que no estoy en casa.

TRITÓN (Vestido con suma elegancia.) ¡Mi querido hermano!

CONDE (A Gaspar.) ¡Déjenos solos! (Gaspar se inclina y se va por la derecha.)

ESCENA V

EL CONDE y TRITÓN.

CONDE ¡Te atreves a presentarte en mi casa!

TRITÓN Naturalmente. He sabido que estabais de vuelta y vengo a saludar a mi querido hermano y a presentar mis respetos a mi señora cuñada a quien no tengo el gusto de conocer. (Todo con ironía.)

CONDE ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

TRITÓN Algo me queda.

CONDE Pues habla y sé breve.

TRITÓN Creí que eso que llaman la voz de la sangre hablaría en mi favor después de seis años de ausencia.

CONDE Tu conducta abominable destruyó los lazos que nos unían.

TRITÓN ¿Aun tienes sermones en cartera?

CONDE Ya sé que contigo es predicar en desierto.

TRITÓN Más que sermones necesito una mano que me ayude a levantarme.

CONDE No hay quien te saque del abismo en que caíste.

TRITÓN Estás en un error. Hay un hombre, uno solo, que puede salvarme.

CONDE ¿Y ese hombre soy yo?

TRITÓN ¡Tú!

CONDE La historia de siempre.

TRITÓN Esta vez las circunstancias son muy distintas.

CONDE ¿No necesitas dinero?

TRITÓN ¡Al contrario! Lo necesito más que nunca.

CONDE ¡Y acudes a mí!

TRITÓN A ti.

CONDE Admiro tu aplomo.

TRITÓN No prejuzguez la cuestión.

CONDE ¿Nada te queda ya de tu fortuna?

TRITÓN Poco menos que nada.

CONDE ¿De qué vives entonces?

TRITÓN De mi ingenio.

CONDE Mejor dicho, de tu industria.

TRITÓN Abreviemos. ¿Estás dispuesto a salvarme?

CONDE ¡Ojalá fuese posible!

TRITÓN No esperaba menos de tu bondad. Eso ya es entrar en razón.

CONDE Pero no cuentes con dinero.

TRITÓN ¿Entonces?

CONDE Atenderé a tus necesidades hasta encontrar para ti una colocación honrosa.

TRITÓN ¿De escribiente o de hortera? ¡Gracias! lo que yo necesito es que me pongas en condiciones de rehacer pronto mi fortuna.

CONDE Conozco el carácter de tus empréstitos y no he olvidado las disipaciones de tu vida.

TRITÓN Veo que la memoria sigue sirviéndote mejor para echarme en cara un pasado de que me arrepiento, que para recordarte las calaveradas de tu juventud, que debieran inclinarte a ser indulgente conmigo. Porque tú también has tenido tus vicios y tus queridas. (Gesto de impaciencia en el conde.) Con la diferencia de que yo me arruinaba creándoles una posición, mientras que tú las abandonabas a su suerte, como hiciste con aquella pobre Magdalena Borel.

CONDE ¡En fin!... (Con impaciencia.)

TRITÓN ¿Qué ha sido de ella?

CONDE ¡Abreviemos! ¿Qué quieres de mí?

TRITÓN Mira. (Enseñándole un estuche.)

CONDE ¿Qué es esto? (Tritón abre el estuche.)

TRITÓN Un collar. (El conde lo toma y lo examina. Es el mismo del acto primero.)

CONDE ¡De brillantes!

TRITÓN De brillantes.

CONDE ¿De quién es?

TRITÓN ¿De quién ha de ser? ¡Mío!

CONDE ¿Tuyo?

TRITÓN Me costó dos mil luises hace apenas tres años. Iba a regalárselo a una amiga, cuando descubrí que me engañaba... Rompí con aquella alhaja y me quedé con esta. Es el último resto de mi fortuna. Ningún joyero me dará por este collar la mitad de lo que vale. Sé que tienes una mujer joven y hermosa; que das mañana un baile para presentarla a tus amigos. Por treinta mil francos puedes hacerla un regalo verdaderamente regio.

CONDE No puede ser.

TRITÓN Con esa cantidad me marcharía a América a rehacer mi fortuna y te verías libre de mí para siempre.

CONDE ¡Si fuera cierto!

TRITÓN Te doy mi palabra...

CONDE Tu palabra es garantía muy dudosa. Si estás dispuesto a expatriarte será porque te conviene...

TRITÓN Y a ti también.

CONDE ¡En fin! puesto que se trata de salvarte...

TRITÓN (Y de perderme de vista...)

CONDE Vuelve dentro de media hora y te entregaré los treinta mil francos.

TRITÓN ¿Por qué no ahora mismo?

CONDE Porque tengo mis fondos en el Banco.

TRITÓN Dame un cheque...

CONDE He de renovar mi talonario. Toma. (Devolviéndole el collar.)

TRITÓN (Rehusándolo.) ¡No! Mi confianza es algo mayor que la tuya. Volveré dentro de media hora. (Hace ademán de que no le acompañe.) No te molestes. (Saluda y se va por la derecha, segundo término.)

ESCENA VI

EL CONDE, luego PAULINA y GASPAR. Al final JULIA y DORVAL

CONDE ¡Quiera Dios que así se salve! (Se guarda el estuche en el bolsillo. Aparece Paulina por el pabellón; el conde le sale al encuentro.) ¡Ah! ¡Paulina! (Sale Gaspar con el café, por la derecha. Sirve el café en el cenador y se retira luego.) Aquí se respira mejor... (Da el brazo a su mujer.) bajo estos árboles... donde el recuerdo de los goces de mi infancia se mezcla con mi dicha presente... ¿Te sientes ya repuesta de las fatigas del viaje?

PAULINA Completamente.

CONDE ¿Estás contenta de nuestro regreso a París?

PAULINA Sí. ¿Qué parisién no se alegra de volver a su querida ciudad después de una larga ausencia?

CONDE ¡Con qué entusiasmo hablas de está Babilonia!

PAULINA ¡Si parece que una no es del todo feliz fuera de su patria!

CONDE Y ahora ¿eres feliz del todo?

PAULINA ¿Puedes dudarlo? (Se sientan a tomar el café.)

CONDE ¿Sin que turbe tu felicidad ningún recuerdo del pasado?

PAULINA Pero amigo mío, ¿cuándo dejarás de atormentar tu espíritu con cavilaciones que me lastiman?

CONDE Es que no se ama de veras sin tener celos, y yo te quiero tanto, que estoy celoso hasta del aire que respiras.

PAULINA Sin motivo alguno.

CONDE Es cierto. Pero no puedo olvidar que otro hombre me disputó tu corazón.

PAULINA Un pobre muchacho que se contentó con mi amistad... y que ha debido olvidarme.

CONDE ¿No le has vuelto a ver?

PAULINA (Turbada.) No.

CONDE Espero que este hombre habrá muerto para ti.

PAULINA ¿A qué evocar tristezas del pasado, cuando el presente nos sonríe? Hablemos de tus proyectos.

CONDE Todos mis proyectos se reducen a compartir el tiempo entre los goces del hogar y mis deberes de magistrado, ya que el Gobierno ha tenido a bien reponerme en el cargo de procurador de la República. Con tal motivo y para presentarte al círculo de mis relaciones, doy ese baile en que triunfarán tu discreción y tu hermosura.

PAULINA Vas a hacer que me vuelva vanidosa. (El conde le ofrece el collar.)

CONDE Y aunque nada encuentro superior a tu belleza, quiero que la adornes mañana con este collar de brillantes. (Paulina se levanta.)

PUALINA ¡ Oh ! ¡ Qué magnífico collar ! ¡ Esto es demasiado !

CONDE (Levantándose.) No hay tesoro en el mundo de que tú no seas digna.

PAULINA ¿Cómo corresponder a tantas bondades?

CONDE Haciendo honor a mi casa y a mi nombre.

PAULINA Procuraré ser digna de ti. ¡ Ah ! Ya verás qué trajes tan hermosos me están haciendo. Esta tarde me los viene a probar la modista.

CONDE ¡ Ah ! ¡ vamos ! Ahora me explico tu salida de anoche.

PAULINA (Turbada.) ¡ Mi salida !

CONDE Fuiste sin duda a casa de tu modista.

PAULINA Sí... en efecto.

CONDE Espero que no volverás a tener que salir en coche de punto. Hoy mismo traerán los caballos que encargué a Gaspar.

PAULINA (¿Cómo habrá sabido?)

CONDE ¿Escribiste a tu hermana?...

PAULINA ¿A mi hermana?... No...

CONDE Pues debes escribirle rogándole que venga a vernos. Sé el gran cariño que le tienes, y no quiero privarte de la satisfacción

de verla a menudo. Y si sus lecciones de piano no le producen bastante para vivir con independencia y con decoro, que venga a vivir con nosotros.

PAULINA Le escribiré.

CONDE ¿Vamos a dar una vuelta por el invernáculo?

PAULINA Vamos. (Entra por la derecha Dorval, de librea, seguido de Julia, y retira el servicio de café.)

CONDE ¿Quién es ese joven?

JULIA El nuevo ayuda de cámara del señor conde.

CONDE ¡Ah! bien.

PAULINA (A Julia.) Lleva esto a mi cuarto. (Da el estuche a Julia, que se va por el pabellón.)

CONDE El invernáculo ha quedado muy bien con la reforma. (Se va con la condesa por la izquierda.)

ESCENA VII

DORVAL, luego GENOVEVA.

DORVAL ¿Estaré realmente sobre la pista? ¿Averiguaré algo aquí?... ¡Quién sabe! Sin embargo, todo me dice que el mejor punto de partida para mis investigaciones ha de ser esta casa. El crimen está relacionado con la condesa, sin que ella lo sospeche. No me cabe la menor duda acerca de la autenticidad de la carta encontrada en el cuarto de la víctima... Esa carta, que he tenido en mis manos, que he leído, es seguramente de la condesa. María Fedor era su hermana. ¡Oh! La señora de Valmy me ayudará a descubrir a los asesinos. (Sale Genoveva por la derecha.)

GENOVEVA Me dijeron que la condesa estaba aquí y no la veo. (Repara en Dorval.) Este criado sabrá... (Dorval se vuelve. Ambos se reconocen.)

DORVAL ¡Genoveva!

GENOVEVA ¡Cómo! ¡Usted aquí! ¡Y de librea!

DORVAL ¡Por Dios, señorita!... ¡silencio!

GENOVEVA ¿Qué significa?... ¡Ah! ya comprendo... ¡Oh! ¡Qué oficio tan feo ha elegido usted, señor Dorval!...

DORVAL ¡Y usted elige este momento para echármelo en cara!...

GENOVEVA ¡Pues! el momento en que le encuentro a usted en casa del conde de Valmy... bajo un disfraz... ¿Qué hace usted aquí?... ¿A quién busca en esta casa?...

DORVAL ¡Ah! ¡Si usted supiera!...

GENOVEVA No quiero saberlo. (Afectando no tener curiosidad.)

DORVAL Pero yo... necesito averiguar...

GENOVEVA ¿Qué necesita averiguar? (Cediendo a la curiosidad.)

DORVAL (Después de una pausa, con embarazo.) Luciano... ¿Sabe usted dónde está Luciano?

GENOVEVA No le he visto hoy, pero supongo que estará en la oficina, como todos los días.

DORVAL (No sabe nada.)

GENOVEVA Pero a qué viene...

DORVAL (Como tomando una resolución.) Oiga usted, Genoveva; hace un momento usted se escandalizaba de verme aquí con este traje. ¡Pues bien! Es preciso que usted sepa el motivo...

GENOVEVA No, no... esas son cosas de usted... A mí no me importan...

DORVAL Pues sí, la importan, porque he venido aquí por usted.

GENOVEVA ¿Por mí?

DORVAL Después de todo, más vale que se lo diga yo... Si le faltan fuerzas para soportar el golpe, al menos me tendrá a su lado para socorrerla.

GENOVEVA ¿Qué quiere usted decir?

DORVAL Siento tener que anunciarle una mala noticia.

GENOVEVA ¿Una mala noticia?... (Muy alarmada.)

DORVAL ¡Vamos! Ya está toda trastornada... Tranquilícese usted... No es ninguna des-

gracia, después de todo... Es una contrariedad. Llegaremos a descubrir al verdadero culpable y Luciano será puesto en libertad.

GENOVEVA ¡Luciano!... No comprendo... ¡Explíquese! ¿Por qué no habla?... Mi hermano... ¿dónde está mi hermano?

DORVAL Genoveva... por favor, tranquilícese usted.

GENOVEVA ¡Conteste!

DORVAL Pues bien...

GENOVEVA ¡Acabe de hablar!

DORVAL Luciano está preso.

GENOVEVA ¡Preso!

DORVAL Por un error... un error fatal... No me cabe duda... pero las apariencias...

GENOVEVA (Trastornada.) Las apariencias... ¿qué apariencias?... ¿Esto es un sueño... o me vuelvo loca?... ¿Ha dicho usted que Luciano está preso?

DORVAL Sí.

GENOVEVA ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? ¿De qué se le acusa?

DORVAL De un crimen.

GENOVEVA ¡De un crimen!... ¡Luciano criminal!

DORVAL Se probará su inocencia, no me cabe duda.

GENOVEVA (Sollozando.) ¡Pobre hermano mío! (Se deja caer en el banco de la derecha.)

DORVAL Animo, Genoveva... Yo sufro tanto como usted, porque... soy el mejor amigo de Luciano, usted no lo ignora. El nunca me despreció. Usted dice que le repugna el oficio que ejerzo... Pues yo, hoy, le bendigo, porque me ayudará a probarle a usted todo... el afecto que le tengo.

GENOVEVA ¡Criminal! ¡él! (Levántase bruscamente.) ¡Pero ahora me acuerdo!... Paulina, la condesa de Valmy... ¡Sí! Ella debe tener grandes influencias... le hablaré... ¿Dónde está la condesa?

DORVAL ¿Usted la conoce?

GENOVEVA Es amiga mía de la infancia. Cuando mi principal me encargó que viniera aquí, me alegré mucho. Pensé presentarme a ella con la sonrisa en los labios y voy a hablarla con lágrimas en los ojos. ¿Dónde está? ¿Dónde está la condesa?

DORVAL Va usted a verla... pero escuche bien lo que le voy a decir: En nombre de su hermano, por la salvación de Luciano, es preciso que usted guarde el secreto más absoluto sobre el motivo de mi presencia en esta casa. Invente cualquier coincidencia, pero que yo no sea para usted más que un criado desconocido. Diga usted a la condesa que ha sabido la prisión de Luciano y que viene a pedirle su protección... pero ¡por Dios! ¡ni una palabra referente a mí!

GENOVEVA ¿Es por salvar a Luciano?

DORVAL Sí.

GENOVEVA Pues mentiré, si es preciso.

DORVAL (Bajo.) Ahí vienen. Acuérdese de lo que le acabo de decir. (Aparecen el conde y la condesa por la izquierda, primer término. Alto.) Señorita, aquí tiene usted a la señora condesa. (Vase lentamente por la derecha.)

ESCENA VIII

EL CONDE, PAULINA, GENOVEVA. Al final GASPAR.

PAULINA ¡Genoveva! ¡tú aquí! (Genoveva se echa en brazos de Paulina y estalla en sollozos.)

GENOVEVA ¡Paulina!

PAULINA ¿Qué tienes, muchacha? ¡Lloras! ¿Qué te pasa?

CONDE Siéntese usted, señorita. (Genoveva se sienta en el banco cerca de la mesa.)

GENOVEVA Condesa... Señor conde...

PAULINA Llámame Paulina, como antes... Sigo siendo tu amiga... Vamos, habla, explícate...

GENOVEVA Me envía tu modista...

PAULINA ¿Eres su primera oficiala? ¡Enhorabuena! ¿Pero por qué lloras?

GENOVEVA Tengo una pena muy grande. ¡Mi hermano está preso!

PAULINA ¿Tu hermano?

GENOVEVA Sí, en la cárcel... imagínate... un muchacho tan honrado y tan bueno... ¡Por qué no es culpable, no! ¡El acusado de un crimen! ¿De qué crimen? No lo sé... Mi hermano lo es todo para mí... no tengo más que él en el mundo... Nos queremos entrañablemente... ¡Lastimarlo a él, es lastimarme a mí!... ¿Comprendes lo que sufro, y lo que él debe sufrir?...

CONDE Sosiéguese usted, señorita, y explíquenos lo ocurrido.

GENOVEVA Yo no sé, señor; le han preso; es todo lo que puedo decir.

PAULINA Si pudieses hacer algo en favor de ese pobre muchacho...

CONDE Sí, sí... me enteraré...

GENOVEVA (Levantándose.) ¡Oh, gracias, señor conde, gracias!... Lo más pronto posible, ¿verdad?

CONDE Sí, señorita; tranquilícese usted.

GENOVEVA Porque si no me lo devuelven ¿qué va a ser de mí?

PAULINA Cuenta conmigo, Genoveva; yo no te abandonaré.

CONDE Es de esperar que pronto sabremos a qué atenernos.

PAULINA ¡Vamos! Ahora que estás algo más tranquila, ¿quieres venir a probarme el vestido?

GENOVEVA Sí, sí.

PAULINA Pues sígueme... y mientras tanto hablaremos... Quizá, entre las dos, se nos ocurra alguna idea para devolver lo más pronto posible la libertad a tu hermano.

GENOVEVA ¡Qué buena eres! (Se van hacia el pabellón de

la derecha. Aparece Gaspar por el segundo término de la derecha con una tarjeta en la mano.)

CONDE (A Gaspar.) ¿Qué hay?

GASPAR Para el señor conde.

CONDE (Después de leer la tarjeta.) Diga usted a ese caballero que haga el favor de pasar. (Gaspar se va por donde vino.)

GENOVEVA ¿De veras, señor conde, usted me promete su apoyo?

CONDE Le prometo hacer todo lo que de mí dependa.

GENOVEVA ¡Oh, gracias! ¡Ay, Paulina, qué angustia es la mía!

PAULINA ¡Animo, Genoveva!

GENOVEVA Lo tendré, puesto que se trata de salvar a mi hermano. (Se van por el pabellón de la derecha.)

GASPAR (Anunciando.) El señor vizconde de Beruel. (Vase.)

ESCENA IX

EL CONDE, CAYETANO, después PAULINA. Luego GASPAR, JULIA y DORVAL.

CAYETANO Señor conde, dispense usted la molestia... pero necesito pedir justicia al señor Procurador de la República.

CONDE ¿Qué ocurre, amigo?

CAYETANO Usted fué compañero y amigo de mi padre. (Señal afirmativa del conde.) Usted es Procurador de la República. (Otra señal afirmativa del conde.) Pues por ambas razones pido su valiosa intervención.

CONDE ¿De qué se trata?

CAYETANO ¡De una arbitrariedad monstruosa! ¡De un ataque inaudito!... ¡La policía me ha detenido ilegalmente.

CONDE ¿A usted?

CAYETANO ¡A mí! ¡A Cayetano de Beruel! Al único vástago superviviente de una de las

familias más ilustres de Francia. ¡Dos horas preso como un asesino! Estoy difamado... Mi reputación anda por el lodo. Desde esta mañana no como ni bebo, y probablemente se habrá acabado para mí el poder dormir.

CONDE ¿Cómo, asesino, ha dicho usted?

CAYETANO Sí, señor. Esta mañana han encontrado a una joven asesinada en su gabinete.

CONDE ¡Ah! ¿Y cómo ha sido eso?

CAYETANO Déjeme coordinar las ideas, pues con el trastorno se me formó en la cabeza un lío...

CONDE El caso no es para menos. Siéntese usted.

(Cayetano se sienta en el cenador. El conde permanece de pie, apoyado en el banco.)

CAYETANO Anoche estuve en casa de María Fedor.

CONDE ¿Quién es María Fedor?

CAYETANO La víctima. La acompañé a un baile con Nicotina. Usted tampoco conocerá a Nicotina. (Señal negativa del conde.) María se retiró del baile, sola, a eso de las diez y media, diciendo que no se encontraba bien.

CONDE ¿Y luego?

CAYETANO Esta mañana fuí a ver como seguía. Encontré mucha gente a la puerta de la casa; sin sospechar lo que ocurría, subo, entro en su habitación y... ¡quedo horrorizado!... La pobre joven yacía exánime en la alfombra, empapada en sangre. Un comisario de policía dictaba disposiciones a un agente, mientras otros registraban la casa. De pronto oigo una voz de mujer que exclama: «¡Este caballero estuvo aquí anoche!» Era la criada de María Fedor que me señalaba con el dedo. (Remedando el gesto.) El comisario me interroga, su acólito escribe mis declaraciones... y como la emoción me hacía tartamudear un poco, me llevaron preso al cuartelillo, sin hacer caso de mis protes-

tas. Allí me han tenido encerrado ¡dos horas!... ¡dos horas!... Luego han vuelto a interrogarme y... naturalmente, se han convencido de mi inocencia. Pero esta noche todos los periódicos comentarán el suceso, y sabe Dios lo que harán de mi nombre y de mi honra los señores gacetilleros.

CONDE Tranquilícese usted, amigo mío; ni su honra ni su nombre sufren desdoro alguno por un arresto preventivo de un par de horas, que, después de todo, ha servido para evidenciar su inocencia.

CAYETANO Así y todo, el error es lamentable. (Sale Paulina por el pabellón.)

PAULINA (Genoveva escribe al prefecto de policía solicitando que le dejen ver a su hermano.) (Se adelanta sin ser vista por los otros.)

CONDE ¿Y dónde se ha cometido ese crimen?

CAYETANO En la calle de Turín.

PAULINA ¡En la calle de Turín! (Cayetano y el conde se vuelven. Cayetano queda asombrado al ver a Paulina.)

CONDE ¡Ah! Paulina... (Presentándolos.) Ven, voy a presentarte al señor barón de Beruel... La condesa...

CAYETANO Señora...

PAULINA Caballero... (Cayetano, mudo de asombro, contempla a Paulina sin pestañear. Paulina, preocupada, saluda con una inclinación de cabeza.)

CAYETANO (¡Ah! ¡Es asombroso!)

CONDE ¿Qué le pasa?

CAYETANO ¡Nada, nada! (¡Parecido más extraordinario!)

PAULINA Dispense usted, caballero, ¿hablaba usted de un crimen?

CAYETANO Sí, señora.

PAULINA ¿Y decía usted que ese crimen se ha cometido en la calle de Turín?

CAYETANO En la calle de Turín, sí, señora.

PAULINA ¿El nombre, el nombre de la víctima?

CAYETANO María Fedor.

PAULINA ¡Ah! (Dando un terrible grito.)

CONDE ¡Paulina! ¿Qué tienes?

PAULINA ¿María Fedor, dice usted? ¿María asesinada? ¡Oh! ¡no, no! ¡No es posible! no... ¡Ah! (Se desmaya; el conde la sostiene y la sienta en el banco; llama a los criados.)

CONDE ¡Julia! ¡Gaspar! ¡Pronto!

CAYETANO (¿Qué significa todo eso?) (Acuden Gaspar y Julia.)

GASPAR ¿Señor conde?

JULIA ¡Ay, Dios mío!

CONDE A la señora condesa le ha dado un accidente... Vayan corriendo en busca de un médico. (Julia atiende a Paulina; Gaspar desaparece un momento por la derecha y vuelve a entrar para atender a la condesa.)

JULIA ¡Pobre señorita! (Entra Dorval por la derecha.)

DORVAL ¿Señor conde?...

CONDE ¡Déjenme!

GASPAR Juan ha ido por el doctor.

DORVAL Dispense el señor conde; es el Comisario de policía que desea hablar con vuecencia.

CONDE ¿El Comisario de policía...?

ESCENA X

Dichos y EL COMISARIO.

COMISA. El señor Procurador de la República me dispensará la molestia, pero es preciso... que le hable.

CONDE Soy con usted.

COMISA. Tiene que ser a solas...

JULIA La señora condesa vuelve en sí.

CONDE Acompáñela a sus habitaciones.

PAULINA ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Sollozando, sostenida por Julia, se retira por el pabellón de la derecha.)

CONDE Retírense ustedes. (A Gaspar y Dorval, que se van por el segundo término de la derecha.)

ESCENA XI

CONDE, COMISARIO y CAYETANO.

CONDE — Puede usted hablar.

COMISA. — ¿El señor?... (Señalando a Cayetano.)

CAYETANO — ¡Ah, señor Comisario!... ¡Usted es el que me tomó declaraciones... y me hizo prender!

COMISA. — Para ponerle inmediatamente en libertad.

CAYETANO — ¿Inmediatamente? ¡Después de un encierro de dos horas!

COMISA. — Limpio, en cambio, de toda sospecha.

CAYETANO — Es verdad. Si se trata del crimen de la calle de Turín, estoy dispuesto a ayudar a la justicia.

COMISA. — Si hace falta, le mandaremos a usted aviso.

CAYETANO — Estaré a sus órdenes. (Quiere hablarle a solas.) Conde... ¿sigue usted considerándome digno de su amistad? (El conde le da un fuerte apretón de mano.)

CONDE — ¡Por supuesto!

CAYETANO — ¡Este apretón me devuelve la vida! (Saluda y se va por la derecha, diciendo aparte:) Fáltame, ahora, rehabilitarme ante el público... y me rehabilitaré aunque tenga que revolver el mundo entero para descubrir al asesino de María Fedor. (El conde indica al Comisario que se siente en el banco en que estuvo desmayada Paulina, y él toma asiento en una silla del cenador.)

COMISA. — Señor conde, anoche se cometió un asesinato en la calle de Turín.

CONDE — Acabo de enterarme por el señor de Beruel.

COMISA. — Pero hay algo que el señor conde ignora. Practicando un reconocimiento en casa de la víctima, encontré una carta firmada por la señora condesa de Valmy.

CONDE ¡Una carta de mi esposa! (Levantándose.)

COMISA. Apócrifa o auténtica, no he querido unirla al sumario sin comunicárselo a usted antes.

CONDE (¿Qué significa?...)

COMISA. Esta es la carta. (Le entrega la carta que Paulina escribió en el primer acto.)

CONDE (Después de leerla rápidamente.) ¡Oh!

COMISA. Solo me falta añadir que hemos preso a un joven llamado Luciano Bernal, (Movimiento en el conde.) a quien vieron anoche en casa de María Fedor.

CONDE (¡Luciano Bernal! Sí, la carta lo dice. ¡Se han visto!

COMISA. ¿Reconoce usted la letra de la señora condesa?

CONDE ¡No, no! Esta carta es apócrifa. El asesino habrá querido despistar a la justicia. No sé por qué razón se habrá servido del nombre de mi esposa; pero la condesa no debe ni puede figurar en esta causa.

COMISA. Opino lo mismo. Por consiguiente, ¿usted aprueba mi reserva? Fuera de nosotros dos, nadie conoce la existencia de esta carta.

CONDE Gracias. Cuento con su discreción.

COMISA. ¿Continuaré instruyendo el sumario?

CONDE Sí, pero obrando en todo de acuerdo conmigo, pues tomo, desde ahora, la dirección del proceso. Esta carta puede serme útil y me la guardo.

COMISA. Cuente conmigo.

CONDE Gracias. (Vase el Comisario por la derecha, segundo término.)

ESCENA XII

EL CONDE, luego PAULINA; al final, GASPAR.

CONDE ¡De modo que me engañaba! Mintióme, aquí, hace un momento, cuando me dijo que había ido a casa de su modista. Donde estuvo anoche fué en casa de esa mu-

jer, para verse con su amante, con ese Luciano Bernal, que acaba de caer en poder de la justicia !... ¡ Ah miserables !... ¡ Ay de los dos ! (Viendo a Paulina que sale del pabellón.) ¡ Ella !

PAULINA (Medio desfallecida.) ¡ Armando... perdón !

CONDE (Con frialdad.) Perdón... ¿de qué?

PAULINA Es preciso que lo sepas todo... ¡ Oh, no ! ¡ no ! ¡ no puedo ! (Se deja caer en el banco de la derecha y prorrumpe en sollozos.)

CONDE (Acercándose a ella.) Entonces yo hablaré por ti ; (Paulina le mira asombrada.) mejor dicho : esta carta te dará a comprender que lo sé todo. (Le enseña la carta.)

PAULINA ¡ Mi carta !

CONDE ¿La reconoces, confiesas que es tuya?

PAULINA ¡ Sí ! ¿Por qué había de negarlo? Iba dirigida...

CONDE ¿A quién?

PAULINA (Sollozando.) ¡ A Agustina Reynal, a mi hermana !

CONDE ¿A Agustina?

PAULINA Seducida, deshonrada, ocultaba su verdadero nombre bajo el de María Fedor. ¡ Ah ! Si yo hubiese podido prever el porvenir, cuando aspirabas a hacer de mi tu esposa cómo te hubiera gitado : ¡ Huye, huye de mí ! ¡ La deshonra se cierne sobre la familia ! Pero yo lo ignoraba. Apenas hace quince días que supe indirectamente lo que había sido de Agustina. Por esto salí anoche sin decirte nada. No quería que supieses...

CONDE ¿Y no fuístes a casa de tu hermana más que para verla a ella?

PAULINA ¡ Pues ! ¿Qué quieres decir?

CONDE Que el culpable está preso.

PAULINA (Levantándose.) ¡ Ah ! ¡ Loado sea Dios ! mi hermana será vengada.

CONDE No te regocijes tan pronto, porque el asesino... es tu amante.

PAULINA ¡ Mi amante !

CONDE Luciano Bernal.

PAULINA ¡Luciano Bernal! No... ¡Oh! ¡no me rebajaré al extremo de defenderme! En cuanto a haber descubierto al culpable, estáis en un error. ¡Luciano Bernal es incapaz de semejante infamia!

CONDE ¡Y te atreves a defenderlo! Pero el miserable no escapará a mi venganza. ¡Si nada te importa a ti que mi nombre sea arrastrado por el lodo ante los tribunales, yo no lo quiero! Me valdré de todos los medios posibles para impedir que ese hombre diga que se encontró con la condesa de Valmy en una casa de trato!

PAULINA ¡Oh!

CONDE Porque si en esa causa se pronuncia tu nombre, es decir, el mío, ¡quién sabe si la acusación no verá en ti a la cómplice del criminal!

PAULINA ¿Y eres tú el que así habla? ¡tú, mi marido!

CONDE No soy ya tu marido, sino el magistrado encargado de descubrir la verdad. ¡Y tú misma me pedías mi protección para ese hombre! ¡Oh! yo te juro que será castigado. Porque a mí no me cabe duda: ¡el asesino es él!

GASPAR (Entrando.) Está ahí el coche que encargó la señora condesa.

PAULINA Está bien. (Vase Gaspar.) Adiós.

CONDE (Cerrándole el paso.) No saldrás.

PAULINA ¡Caballero!

CONDE No quiero que salgas.

PAULINA ¿No quieres que vaya a dar el postrer adiós a mi hermana? (Llorando.)

CONDE ¡No!

PAULINA ¡Ah!

CONDE Escucha y graba mis palabras en tu mente: He faltado ya a mi deber; esta carta, que debiera estar en poder del juzgado, ha sido interceptada por mí. ¿Sabes por qué? ¡Por qué lo que contiene es mi des-

honor!... Si te dejase ir, mañana, esta noche misma, todo París sabría que la mujer pública María Fedor protegía los amores de su hermana la condesa de Valmy.

PAULINA ¡Ah! ¡Hombre implacable! (Se encuentra cerca de la mesa y toca el timbre. Aparece Gaspar.) Despida el coche; no salgo. (Vase Gaspar. Paulina se dirige hacia el pabellón de la izquierda.)

CONDE ¿A dónde vas?

PAULINA A orar. ¿Me está prohibido también?

CONDE. No. Pídele a Dios tu arrepentimiento.

PAULINA ¡Voy a pedirle que me dé fuerzas para perdonarte. (Se va por la izquierda.)

ESCENA XIII

EL CONDE, luego TRITÓN, y después, GENOVEVA.

CONDE ¡Oh! ¡su dolor no es más que una mentira! Llora de miedo. ¡Tiembla por él! ¡por su amante! ¡Oh! el infame no me escapará.

TRITÓN (Entrando por la derecha.) Es inútil que me anuncien: soy de la casa.

CONDE (¡Ah! ¡Roberto!)

TRITÓN Mi querido hermano, soy puntual. (En este momento aparece Genoveva por el pabellón de la izquierda.)

CONDE Está bien; sígueme. (Se dirige hacia el pabellón de la derecha.)

TRITÓN A tus órdenes. (Aparte, pero de modo que le oye Genoveva.) ¡Vamos! El collar de María Fedor está en buenas manos. (Se va detrás del conde.)

GENOVEVA (Aparte, viéndole marchar.) ¡El collar de María Fedor! ¿Quién es ese hombre?

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La Morgue (depósito judicial). En primer término un vestíbulo, que ocupa toda la anchura del escenario. A la izquierda: en primer término, una puerta que da a la calle; en segundo término otra puerta que da a la escribanía. A la derecha otra puerta que también da a la calle. Varias tablillas con fotografías colgadas de las paredes laterales. En el fondo, la sala de exposiciones, separada del vestíbulo por unas vidrieras corridas, sin puerta alguna. Una cortina de percalina obscura que pueda correrse por delante de las vidrieras, replegada a la izquierda. Dos mesas figurando ser de mármol inclinadas hacia delante para exposición de cadáveres; una de ellas practicable. Perchas con prendas de vestir en más o menos mal estado.

ESCENA PRIMERA

CALANDRIA, CAYETANO, luego ADELAIDA, TRITÓN y DORVAL

(Durante las primeras escenas habrá muchos curiosos en el vestíbulo; unos miran a través de la vidriera los objetos expuestos, otros las fotografías, unos aisladamente y otros formando parejas y hablando bajo.)

CALAN. (No se ve nada de lo que a mí me interesa.)

CAYETANO (De chulo. Aparte.) (Dicen que las víctimas ejercen una fatal atracción sobre los asesinos. Aquí, en la Morgue, espero descubrir algo. (Finge curiosear, mirando de reojo a todo el mundo. Calandria le toca en el hombro. El se vuelve.)

CALAN. Es extraño que no la hayan expuesto.

CAYETANO ¿A quién?

CALAN. ¡Toma! ¿A quién ha de ser? A la *víctima* de la calle de Turín.

CAYETANO ¡Ah! (¡Este sabe algo! ¡Ojo!... Pero, ¡torpe de mí! ¡Si todo París lo sabe!)

CALAN. (Este se llama andana.) (Se aleja de él.)

CAYETANO (Los periódicos no hablan de otra cosa. (Saca uno y lo lee.) «Asesinato de la calle de Turín. El baroncito... (¡Con qué tono tan zumbón emplean el diminutivo!) El baroncito detenido por sospechas, (¡por sospechas!) fué puesto en libertad después de haber prestado declaraciones que evidenciaron su inculpabilidad.» Sin embargo ¡no faltará quien sospeche de mí! ¡Oh! necesito rehabilitarme. (Viendo a Adelaida que ha ido aproximándose a la vidriera.) ¡Calla! La criada de María.)

ADELAIDA (No la han traído. ¡Mejor! Así es fácil que la cosa se enrede menos.)

CALAN. ¡La Tritona!

ADELAIDA ¿Dónde está tu amo?

CALAN. ¡Mi amo!... Yo no tengo amo. ¡No soy criado de nadie!

ADELAIDA ¿Dónde está el Tritón? (A Calandria, con disimulo.)

CALAN. ¡Yo que sé!

ADELAIDA Necesito hablarle.

CALAN. ¡Pues búscalo!... (Adelaida pasa y se encuentra con Tritón disfrazado de marinero y seguido de Dorval, vestido de obrero.)

TRITÓN (A Adelaida, sin mirarla.) Nos espían. Vete un instante para despistar a los sabuesos de la secreta; pero vuelve luego, porque es preciso observar todo lo que pase aquí.

ADELAIDA ¡Descuida! (Sigue hacia la derecha, fingiendo curiosear.)

DORVAL (Juraría que se han hablado.)

ADELAIDA (¡A listo nadie le gana!) (Dorval se encara con Adelaida, observando bien el efecto que en ella producen sus palabras.)

DORVAL ¿Por qué será que no han expuesto el ca-

dáver de María Fedor? Eso es defraudar al público.

ADELAIDA (Ligeramente turbada.) ¿Y a mí que me cuenta usted? (Se va por la derecha.)

CAYETANO (Aparte, por Dorval.) Ese hombre acaba de hablar con la criada; no le perderé de vista.

DORVAL (A Tritón.) Poca cosa se ve hoy.

TRITÓN ¡Nada! Los curiosos se quedan con tantas narices.

DORVAL ¿Será verdad lo que dicen de María Fedor?

TRITÓN (Con interés.) ¿Qué dicen?

DORVAL (Observando el efecto de sus palabras.) ¡Que no ha muerto!

TRITÓN (Con alarma.) ¿Que no ha muerto? (Reportándose.) ¡Bah!... ¡Pamplinas! (Mira a Dorval con recelo.

DORVAL ¿A qué hora cierran?

TRITÓN (Con esquivez.) Eso se lo pregunta usted al portero. (El mocito me huele a polizonte.) (Vase por la derecha.)

DORVAL (El tunante esquiva mi presencia. Por algo será.) (Se va detrás de Tritón.)

CAYETANO (Ese mozo a todo el mundo hace preguntas acerca del crimen. Creo que estoy sobre la pista. (Se va detrás de Dorval.)

ESCENA II

EL LOBO, CALANDRIA, luego ADELAIDA.

(Calandria habrá estado observando las fotografías. Siguen desfilando curiosos. Entra el Lobo, medio borracho, por la izquierda primer término.)

LOBO Si eso es gobernar, que venga Dios y lo vea. Mientras no declaren el amor li-

bre... y la bebida libre... no habrá libertad... ¡Hola Calandria!

CALAN. ¡Lobo! ¿Qué se te ha perdido por aquí?

LOBO ¿Qué se me ha perdido? He perdido a Tritón. No le encontré en la agencia... y necesito patacones.

CALAN. ¿Para tomar tu curda?

LOBO Pues ¿para qué sirve la plata sino para aclarar la voz?

CALAN. (Yo te haré cantar.) ¡Ea! pues vamos a echar unas copas.

LOBO Espera... Antes necesito ver a Tritón... Ya no quiere fiarme el tabernero... Hoy es sábado... día de paga.

CALAN. Según mis informes, la semana ha sido buena.

LOBO ¡Mejor! (Sale Adelaida por la izquierda.) Aquí viene Adelaida... Escucha... ¿Dónde se ha metido Tritón?

ADELAIDA (Sacudiéndole.) ¡Cállate la boca, imbécil! (El Lobo da media vuelta y se encuentra cara a cara con Calandria.)

LOBO ¡Malhayan las mujeres, amén!... Y a propósito... ¿Qué has hecho de tu Palmira?

CALAN. ¿Qué te importan a ti las mujeres, si en tu vida has de encontrar una que se atreva contigo?...

LOBO (Con bestialidad.) ¡Cuánto más me desprecian, más las deseo!

ADELAIDA ¡Ojo! (Se aleja de ellos y se pone a mirar fotografías.)

LOBO (A Calandria.) ¿Vamos a echar esas copas?

CALAN. Mucho lastre llevas ya.

LOBO Pues necesito otro tanto para guardar el equilibrio. (Inclinándose adrede a un lado.)

ESCENA III

Dichos y TRITÓN, por la izquierda.

(Tritón, que ha oído las últimas palabras del Lobo, le endereza con una manotada en el hombro.)

TRITÓN ¡Yo te haré andar derecho! (El Lobo se queda encogido y mudo. Adelaida pasa disimuladamente junto a Tritón, diciéndole:)

ADELAIDA ¿Y el sabueso?

TRITÓN De plantón a la puerta de una casa que tiene salida por otra calle. (Vuelve la espalda a Adelaida, la cual se confunde con los curiosos. Al Lobo y a Calandria.) ¡Oidme acá!... Hoy no puedo ir a la agencia...

LOBO ¿Y los patacones?

TRITÓN Aquí están. (Sacando del bolsillo dos paquetitos de dinero.)

LOBO ¡Vengan!

TRITÓN La semana ha sido de las peores.

LOBO ¿Pues no dijo Calandria que había sido tan buena?

TRITÓN Calandria busca tres pies al gato. (Con intención, en son de amenaza.)

CALAN. (¡Y tú es fácil que te encuentres con cinco!) (Haciendo ademán de agarrotarlo con la mano.)

LOBO Cabalmente cuando tenía más necesidad...

TRITÓN ¿De beber? ¡Cuidado! ¡Qué no vaya el vino a desatarte la lengua!

LOBO Ya sabes que mis monas son mudas.

TRITÓN Os traigo las participaciones contadas. (Enseñándoles los paquetitos de dinero.)

LOBO A ver...

TRITÓN El negocio de Passy ha producido 300 francos.

CALAN. ¿Nada más? (Tritón le mira iracundo.)

TRITÓN De la operación de Chamard se han sacado 35.

CALAN. No valía la pena de exponer el pellejo.

TRITÓN La pulsera resultó falsa. Lo de la tienda de ultramarinos, 199. Total, 534. Deduciendo la mitad que me corresponde...

CALAN. ¡Ya podrías quedarte con todo! (Con ira reconcentrada. Tritón le mira con amenaza. Calandria se encoge de hombros.)

TRITÓN La mitad de 534 son 267. Repartidos entre cuatro tocan a 66 y céntimos por barba. Toma. (Da un paquetito al Lobo.)

LOBO ¡Ajá!... Con 66 francos puedo tomar 66 veces diez copas!...

TRITÓN Aquí tienes tu parte. (A Calandria que la toma con displicencia.) Perdonavidas y Borrasca tienen ya la suya.

CALAN. ¿Y el negocio de la calle de Turín?

TRITÓN (Turbado.) ¿Qué? (Dominándose.) ¿A qué negocio te refieres?

CALAN. ¿Negarás que es obra tuya?

TRITÓN ¡Yo no opero sino por cuenta común! (Adelaida vuelve a pasar junto a Tritón y le dice sin volverse:)

ADELAIDA ¡Ojo!

TRITÓN ¡A separarse! (Los tres hombres se separan. Aparte a Adelaida.) Sigue observando. (Vase por la derecha. Calandria le sigue. El Lobo detiene a Adelaida, tirándole de la falda.)

LOBO ¡Cuándo te haga falta un hombre, aquí estoy yo!

ADELAIDA ¡Anda allá, marrano! (Va a confundirse con los curiosos y desaparece luego por la izquierda.)

LOBO ¡Todas me desprecian! ¡Pero alguna caerá en mis manos! (Con bestial expresión, marchándose por la derecha.)

ESCENA IV

CAYETANO, luego CALANDRIA y PALMIRA. Curiosos.

CAYETANO ¡Maldito percance! Persiguiendo a mi hombre, tropecé con un vendedor ambulante de figuritas de yeso, que rodó por

el suelo con su mercancía. Se agolparon los transeuntes, amotinándose contra mí, y no me vi libre de las iras populares hasta haber pagado los monigotes rotos. Entre tanto, el otro había desaparecido. Pero, ¡si es culpable, volverá! Las víctimas atraen fatalmente a los asesinos. Con acento terrorífico. Se confunde con los curiosos. Sale Calandria por la izquierda hablando con Palmira.)

CALAN. ¡Cuando yo te digo que no la han expuesto!

PALMIRA ¿Qué esperarán?

CALAN. Oye: por aquí anda Tritón, y ya sabes que no me gusta que te trates con él.

PALMIRA Descuida, hombre. (Cayetano se encuentra con Palmira.)

CAYETANO ¡Palmira! ¿Qué haces tú aquí?

PALMIRA (Bajo a Calandria.) ¡Mi baroncito! (Alto.) Vine a ver si habían traído el cadáver de esa pobre María Fedor.

CALAN. (¡Disfrazado! ¿Será de la secreta?)

CAYETANO ¿Quién es ese que va contigo?

PALMIRA Mi primo... (Presentándolo. Bajo a Calandria.) ¡No me comprometas!

CALAN. Calandria, para servir a usted. (Haciendo una reverencia cómica.)

CAYETANO (Me parece que aquí no hay más primo que yo.)

CALAN. (Bajo a Palmira.) ¡Esa no cuela!

CAYETANO (¡Pero se me ocurre una idea genial!)

PALMIRA (Bajo a Calandria.) ¡Mucho aplomo!

CAYETANO ¿Con qué es usted primo de Palmira? (Con amabilidad.)

CALAN. Sí, señor... por el lado materno. (Cayetano le pone familiarmente la mano en el hombro.)

CAYETANO Pues por cualquier lado que sea, me alegro mucho de conocer a usted. (Calandria le estrecha la mano.)

CALAN. Igualmente.

CAYETANO Y para celebrar tan feliz encuentro, pro-

pongo que hoy comamos juntos. Yo convido.

CALAN. No sé si debo...

PALMIRA (¡Pronto se tragó la bola!)

CAYETANO ¡Si hombre! sin cumplidos... A mí, deme usted gente franca y de buen humor.

CALAN. (Bajo a Palmira.) Nada temas.

CAYETANO Lo dicho, ¿eh? A las siete y media en la plaza de San Miguel, junto a la fuente.

CALAN. Bueno.

PALMIRA (Bajo a Cayetano.) ¡Hasta luego, monín!

CAYETANO (¡Ya te daré yo monerías!)

CALAN. (Alejándose con Palmira.) ¡Qué tragaderas tiene tu lipendi!

PALMIRA (A Calandria.) Así las gastan los señoritos.

ESCENA V

CAYETANO, luego DORVAL y curiosos.

CAYETANO ¡Otro desencanto! Aunque, a decir verdad, nunca he creído en el amor ni en la fidelidad de las mujeres. Pero este encuentro parece providencial. Ese Calandria ronda todo el día por aquí, secreteando con gente sospechosa. Se me figura que es un pájaro de cuenta. Debe saber algo de lo que me he propuesto averiguar. Le haré beber hasta que suelte la lengua. (Entra Dorval por la derecha.)

DORVAL (¡Buen plantón me he llevado!)

CAYETANO ¡Ah! ¡Mi hombre aquí otra vez!

DORVAL Yo le he visto a usted en otra parte.

CAYETANO ¡Toma! Y yo a usted también.

DORVAL ¡Ya caigo! Usted es el barón de Beruel, a quien detuvo ayer el comisario de policía.

CAYETANO ¡Cómo!

DORVAL En casa de María Fedor.

CAYETANO ¡Usted sabe algo!

DORVAL ¡Pero necesito saber más!

CAYETANO Y yo también. En primer lugar, ¿quién es usted.

DORVAL Fíjese usted en mí.

CAYETANO ¡Ya me he fijado!

DORVAL ¿No me conoce usted?

CAYETANO Ahora me parece recordar...

DORVAL (Bajando la voz.) Yo acompañaba al comisario...

CAYETANO (Idem.) ¡Ah, sí!... De modo que es usted de los nuestros.

DORVAL (Idem.) ¡Cómo! ¿Usted también es de la secreta?

CAYETANO ¡Hombre, no!

DORVAL ¿Entonces?

CAYETANO Como me prendieron por sospechas, estoy empeñado en descubrir al asesino, para rehabilitarme.

DORVAL Pues trabajemos de acuerdo. ¿Tiene usted algún indicio?

CAYETANO Tengo varios. Pero ante todo voy a seguir una pista con esperanzas de éxito.

DORVAL ¿Puedo ayudarle?

CAYETANO Ahora no; pero sí después de comer, si mi plan no fracasa. ¿Dónde estará usted de ocho a nueve?

DORVAL En la prefectura. Pregunte usted por Pedro Dorval.

CAYETANO ¡Pedro Dorval! ¡No lo olvidaré! (Le da la mano y se va por la derecha.)

ESCENA VI

DORVAL, GENOVEVA y curiosos.

DORVAL ¡Genoveva! ¡Usted aquí! ¡Qué locura! (Con cariño.)

GENOVEVA (Con viva emoción.) ¡Ah! Dorval. ¡No me han permitido ver a Luciano!

DORVAL Está incomunicado.

GENOVEVA Pero van a traerlo aquí para confrontarlo con el cadáver. (Llorando.)

DORVAL ¡Y usted ha creído que aquí podría verle!... Se engaña, Genoveva. Las confrontaciones se hacen a puerta cerrada, sin más testigos que el tribunal.

GENOVEVA ¡Qué suplicio!

DORVAL Tranquilícese usted. He visto a su hermano...

GENOVEVA ¿Le ha visto? ¿Qué dice?

DORVAL Confía que pronto se desvanecerá el error de que es víctima.

GENOVEVA ¿Le habló de mí?

DORVAL Me ha encargado que cuide de usted y que la tranquilice.

GENOVEVA ¿Puedo, acaso, estar tranquila continuando él preso?

DORVAL Que tenga usted ánimo y resignación.

GENOVEVA La tendré.

DORVAL Después... me abrazó... dándome el título de hermano.

GENOVEVA ¡Ah!

DORVAL (Con emoción.) ¡Cuánto no diera yo porque este título fuese real y verdadero!... Pero como soy un extraño para ustedes, sólo podría ser su hermano...

GENOVEVA Siendo yo esposa de usted, ¿no es eso?

DORVAL Sí... Pero usted no querría... y...

GENOVEVA Después de la bondad de corazón que usted revela... después de las pruebas de afecto que ha dado a mi pobre hermano... sería yo muy ingrata si no correspondiese a sus nobles sentimientos... (Tendiéndole la mano.)

DORVAL (Estrechándole la mano con efusión.) ¡Ah, Genoveva!... La emoción me ahoga... no acierto a expresar lo que siento aquí, en el fondo de mi corazón... ¿No es un sueño?... ¿Consiente usted en ser mi esposa?...

GENOVEVA Sí, pero después que se haya probado la inocencia de Luciano... cuando él y yo podamos levantar la frente.

DORVAL Genoveva, ¡con palabras así se hacen mi-

lagros! Si nuestra unión depende de la rehabilitación de Luciano, pronto seremos marido y mujer... (Salen Tritón y Adelaida, que escuchan disimuladamente el resto del diálogo.) Pero ¿es verdad que me quiere usted a pesar de la antipatía que siente por mi oficio?

GENOVEVA Ya no me repugna su oficio, desde que sé que puede ejercerce en pro de la verdadera justicia.

DORVAL Hoy bendigo mi profesión, que me permite esperar la felicidad como premio al cumplimiento de mi deber.

GENOVEVA ¡Ahora, Dorval, manos a la obra!

DORVAL ¡Sí! y todo me dice que triunfaremos. ¿Habló usted con la condesa de Valmy?

GENOVEVA Sí, me prometió ayudarme... ¡Ah! pero ¿no le he contado lo que me ocurrió en su casa?

DORVAL ¿Qué le ocurrió?

GENOVEVA Saliendo de un pabellón en que Paulina me había dejado escribiendo una instancia al prefecto, llegué al jardín en el momento en que el conde se marchaba seguido de otro caballero... Sin sospechar que nadie pudiera oirle aquel hombre dijo para sí: «¡El collar de María Fedor está en buenas manos!»

DORVAL ¿Eso dijo? ¿Y quién era aquel hombre?

GENOVEVA No lo sé.

DORVAL ¿No le reconocería si lo viese?

GENOVEVA ¡Oh! ¡Eso sí! entre mil. (Maquinalmente, Tritón se cala la gorra hasta los ojos y se levanta el cuello de la americana.)

DORVAL ¿Cómo no se le ocurrió a usted preguntar quién era?

GENOVEVA Yo no sabía aún de qué crimen acusaban a mi hermano, y como nada tenía ya qué hacer en casa de la condesa, me marché.

DORVAL Es preciso averiguar quién es ese hombre.

GENOVEVA Se puede preguntar al conde...

DORVAL No; no vayamos a cometer una imprudencia...

GENOVEVA ¿Entonces?

DORVAL Hay que apelar a la condesa.

GENOVEVA Volveré a su casa.

DORVAL Sí, sí; vaya usted. Mientras tanto yo procuraré ver a Luciano en la Escribanía.

GENOVEVA Dígale usted que confíe en nosotros. (Vanse hablando por la derecha.)

ESCENA VII

TRITÓN, ADELAIDA, EL LOBO y un PORTERO.

TRITÓN (A Adelaida.) Esa muchacha puede perderme... Es preciso evitar que vea a la condesa. Sígueme con el Lobo.

PORTERO ¡Se va a cerrar!... ¡Se va a cerrar!... (Vase Tritón por la derecha, Adelaida habla bajo al Lobo y se van los dos detrás de Tritón. Suena una campana dentro, avisando que se va a cerrar. El portero hace despejar el vestíbulo. Cierra la puerta de la izquierda, primer término; hace salir al público por la derecha, corre la cortina de la vidriera y abre por último la puerta que da a la escribanía, segundo término izquierda.)

ESCENA VIII

EL COMISARIO, EL JUEZ, EL ESCRIBANO, UN PORTERO y dos guardias de orden público, que no hablan.

JUEZ De modo que el reconocimiento practicado en casa de Bernal no dió ningún resultado?

COMISA. Ninguno, señor juez.

JUEZ ¿Y las alhajas?

COMISA. No parecen.

JUEZ No resulta, pues, ningún cargo serio contra ese joven, exceptuando la llave de la

escalera interior, que le entregó la víctima y que se ha encontrado en poder del acusado.

COMISA. Yo espero mucho de la confrontación.

JUEZ ¿Cree usted que en presencia del cadáver?...

COMISA. Creo que se venderá. Aquí, los malhechores más empedernidos acaban generalmente por confesar su crimen.

JUEZ Veremos. El caso es excepcional.

ESCENA IX

Dichos y EL CONDE.

CONDE ¿Está ahí el acusado?

COMISA. Sí, señor; en la Escribanía.

CONDE Pues que le traigan aquí.

COMISA. (A los guardias.) Introduzcan al acusado. (Los guardias se van por la puerta de la escribanía.)

CONDE ¿En las declaraciones del sumario dijo algo que pueda ilustrar a la justicia?

COMISA. Nada.

CONDE ¿Cuál es su actitud?

COMISA. Parece hallarse muy abatido. De vez en cuando prorrumpe en sollozos, verdaderos o falsos, que le ahogan; sus ojos se llenan de lágrimas y deja escapar un nombre de sus labios...

CONDE (Vivamente.) ¡Un nombre! ¿Qué nombre?

COMISA. El de María; el de la víctima.

CONDE (Respirando.) ¡Ah! ¿Y qué más?

COMISA. Nada más.

CONDE Dirá que es inocente.

COMISA. Es natural.

ESCENA X

Dichos, LUCIANO y los guardias.

COMISA. ¡Acérquese! (A Luciano, que se ha quedado cerca de la puerta de la Escribanía.)

LUCIANO (Sin ver al conde.) ¿A dónde me llevan? ¿Dónde estoy?

CONDE Ante el procurador de la República.

LUCIANO (Adelantándose, maquinalmente.) El procurador de la República...

CONDE ¡Yo!

LUCIANO ¡Ah! (Le mira y retrocede un paso.)

CONDE ¿Por qué tiembla? (¡Si me quedase alguna duda su terror la disiparía!)

LUCIANO ¡Usted! ¡Usted! ¿Es usted el que va a juzgarme?

CONDE Soy el encargado de instruir su proceso.

LUCIANO ¡Imposible! Le recuso a usted. Tengo derecho a recusarlo. No quiero que usted sea mi acusador.

JUEZ ¿Por qué?

LUCIANO (Al conde.) Porque...

CONDE (Interrumpiéndole.) ¡Silencio!

LUCIANO ¡Oh! ¡esto es horrible! ¡Yo, ante usted! ¡Yo, acusado por... ¡Oh! ¡no, no! ¡No es posible!

CONDE ¡Vamos! conteste y diga la verdad acerca del asesinato cometido en la persona de María Fedor.

LUCIANO Soy inocente.

CONDE Sin embargo, no niega haber estado en casa de la víctima la noche del crimen.

LUCIANO No lo niego, ni he pretendido ocultarlo. Estuve en casa de María a las diez y salí de allí a las diez y media.

CONDE Para volver momentos después, utilizando la llave que había sustraído o le habían entregado.

LUCIANO ¡Ojalá! ¡Ah! De haberme encontrado allí hubiera sabido defender a María contra su miserable asesino.

CONDE ¡Ea! ¡basta de comedia!

JUEZ Más vale que explique en qué empleó el tiempo la noche del crimen; porque nos consta que no se retiró usted a su casa hasta la madrugada.

LUCIANO La una y media serían cuando me retiré.

Después de haber salido de casa de María, vagué por muchas calles, huyendo del bullicio, procurando evitar la multitud, deseoso de encontrarme a solas con mis pensamientos.

JUEZ ¿Encontraría usted algún conocido?

LUCIANO No reparé en nadie.

JUEZ ¿Entró en algún establecimiento público?

LUCIANO No.

JUEZ ¿Se detuvo en alguna parte?

LUCIANO En ninguna.

JUEZ ¿Notaría, de paso, alguna particularidad?

LUCIANO Iba pensativo, sin fijarme en nada.

CONDE ¿Qué clase de relaciones existían entre usted y esa mujer? (En tono algo despreciativo.)

LUCIANO ¡Oh! ¿es posible que hable usted así de...?

CONDE Limítese a contestar a mis preguntas. ¿Según parece, pretende usted haber sido amante de María Fedor?

LUCIANO Yo no he dicho tal cosa.

CONDE ¡Está bien! ¿Señor comisario?...

COMISA. (Acercándose.) Señor conde... (El conde habla un instante al oído del Comisario.) Perfectamente. (El comisario habla bajo al Juez. Ambos pasan a la izquierda y dan una orden al portero, que se va por la puerta de la Escribanía.)

CONDE ¿Confiesa usted, pues, que María Fedor no era su querida.

LUCIANO No lo fué jamás.

CONDE Ya lo sabía. ¡No podía usted ser su amante, siéndolo de la condesa de Valmy!

LUCIANO ¡Yo!

CONDE Estuvo usted con ella en casa de María Fedor la noche del crimen.

LUCIANO ¡Señor conde!

CONDE Lo sé todo. Usted asesinó a la hermana de su querida para robarla.

LUCIANO ¡Oh! ¡eso es inícuo!

CONDE ¡Basta! Está usted en mi poder. Es usted el amante de mi esposa y quiero una venganza terrible. Su vida me pertenece,

y la de su cómplice está en manos de usted; porque la mataré a ella si dentro de un instante, aquí, en presencia de todos, no se declara usted culpable del crimen que cometió.

LUCIANO ¡Jamás! ¡No soy el asesino de María Fedor, ni el amante de la condesa!

CONDE ¡Usted miente!

LUCIANO ¡Oh! (Lleva ambas manos a las sienes, desesperado. Mientras tanto, el comisario descorre la cortina y aparece en una de las mesas el cuerpo de María Fedor, en el mismo traje que llevaba al ser asesinada.)

CONDE ¡Mire! (A Luciano, designándole el cadáver.)

LUCIANO ¡Ah! (Da un grito terrible y retrocede con espanto.)

CONDE ¿Reconoce usted este cadáver?

LUCIANO ¡María Fedor!

COMISA. Su víctima.

LUCIANO ¡Oh!

CONDE ¡Confiéselo! ¡Confiéselo!

LUCIANO No.

CONDE (Bajo a Luciano.) Está usted pronunciando la sentencia de su cómplice.

LUCIANO ¡No tengo cómplice!

COMISA. ¿Es decir, que cometió el crimen usted solo?

LUCIANO Soy inocente. ¡Llévenme de aquí! Déjenme salir... Yo... ¡ah! (Se ha alejado hacia la puerta de la Escribanía, en el colmo de la desesperación. Vacila y los guardias le sostienen.)

COMISA. (Al conde.) ¿Qué le parece?

CONDE Que este hombre es el asesino de María Fedor.

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Despacho de una agencia de colocaciones, algo desmantelado y sombrío. Puertas al foro y a la izquierda. Ventana cerrada al fondo izquierda. A la derecha un escritorio con rejilla. En el escritorio, a la derecha, una puerta de escape. A la izquierda del despacho una mesa-escritorio, sobre la cual hay papeles y libros de comercio y un quinqué encendido. En el suelo, una compuerta practicable, que conduce a un sótano Al levantarse el telón, Loriol, sentado a la mesa de la izquierda, está haciendo cuentas.

ESCENA PRIMERA

LORIOL, después BASILISA.

LORIOL — Dos y dos, cuatro; cuatro y tres, siete; siete y cuatro, once, y tres, catorce; pongo cuatro y llevo uno... Uno y nueve, diez...

BASILISA — (Que entra por el fondo.) ¡Buenas noches, señor Loriol!

LORIOL — (Sin levantar la cabeza.) ¡Buenas noches! (Continuando la suma.) Uno y ocho, nueve, y seis...

BASILISA — Vengo a decirle que me marcho de la casa en que sirvo.

LORIOL — ¡Ah! ¿se marcha usted? Nueve y seis, quince...

BASILISA — ¿No se acuerda usted de mí?

LORIOL — ¡Oh! Vienen tantas, que no es posible recordar a todas. Quince y tres... ¡Demontre! ya he perdido la suma.

BASILISA — Déjelo para después. Yo soy Basilisa.

LORIOL ¿Basilisa?

BASILISA La criada que usted colocó hace quince días en casa del señor Buitrago.

LORIOL ¡Ah! ¡ya!... Uno y ocho, nueve; nueve y...

BASILISA Ya echará sus cuentas después, que llevo prisa. ¿Tiene usted a mano otra casa? Pero que sea buena ¿eh? En la que estoy, no hay quien aguante. El señor es un cascarrabias que todo lo encuentra duro, sin comprender que es porque no tiene dientes, y la señora, empeñada en ir a la compra conmigo! ¡Es una cosa insufrible!

LORIOL ¡Vamos! usted quiere un ama que la deje sisar en grande, y hasta que le aumentase el salario a cada sisa.

BASILISA ¿Por qué no?

LORIOL ¡Bueno! pues veremos de proporcionar a usted lo que desea; aunque la cosa no es fácil.

BASILISA De todos modos, tome la apuntación. (Se acerca a Loriol que escribe al dictado de ella.)

ESCENA II

Dichos y CAYETANO, por el foro, vestido de cochero de casa particular.

CAYETANO (Esta es la agencia de colocaciones que dirige Tritón con el nombre de Fadié. Van resultando exactos los informes de Calandria. (Examinando la habitación.) Una puerta de escape dentro del escritorio... ¡Ah! allí está... Ese primito... *in partibus infidelium* de Palmira es una persona decente... como ladrón... Ya estaba yo seguro del efecto del champaña. A la tercera copa el muchacho empezó a irse de la lengua y yo saqué partido de sus resentimientos y de su odio a Tritón... No veo la compuerta.

LORIOL (A Basilisa, escribiendo.) ¿Cuánto quiere usted ganar?

BASILISA Si he de ir a la compra, 30 francos; si no, 40.

CAYETANO (Adelantándose. Aparte.) Siento no haber encontrado a Dorval en la Prefectura para enterarle de todo, y principalmente de la escena del collar. ¡Qué escena! Aun me dura la emoción. El palacio de los condes de Valmy en plena fiesta... La condesa eclipsando a las damas más elegantes y hermosa con su lujo y su hermosura. Al verla adornada con el collar de María Fedor, no pude ocultar mi asombro, y expliqué a los condes que María llevaba puesto aquel mismo collar la noche en que fué asesinada. El conde quedóse anonadado y su mujer cayó desmayada en un sillón. Afortunadamente, esta rápida escena se había desarrollado entre los tres, sin que ninguna otra persona hubiese oído mis palabras, en medio del barullo del baile y el ruido de la orquesta. La concurrencia se retiró, creyendo que se trataba de una indisposición repentina de la señora.

LORIOL (Cesando de escribir.) ¡Ea! ¡ya está!

CAYETANO (¡Oh! ¡atención!)

BASILISA ¿Cuándo quiere usted que vuelva?

LORIOL Mañana, y si no, pasado mañana.

BASILISA Mire usted que me corre prisa.

LORIOL Pues dése usted una vuelta cada día por aquí.

BISILISA Corriente. ¡Pues hasta mañana! (Vase por el fondo.)

ESCENA III

CAYETANO y LORIOL, después TRITÓN

LORIOL ¿Y usted? ¿qué desea?

CAYETANO (Mucho tino.) (Alto.) Pues, verá usted, señor de... ¿cuál es su gracia?

LORIOL Loriol, para servir a usted.

CAYETANO ¿Es usted el director de la agencia?

LORIOL No tanto. Soy el cajero.

CAYETANO (¡Buena andará la caja!)

LORIOL Para ello he constituído mi fianza en buenos luises de oro.

CAYETANO (Esos luises habrán pasado seguramente a la historia.)

LORIOL ¿Decía usted?...

CAYETANO Nada; que tiene usted bien colocado su dinero.

LORIOL ¡Oh! la casa es de toda confianza.

CAYETANO (¡Infeliz!)

LORIOL ¿Es usted nuevo parroquiano?

CAYETANO Sí; es la primera vez que vengo a esta guarida... digo, a esta agencia... Y espero que no será la última.

LORIOL ¿Se encuentra usted sin colocación?

CAYETANO Voy a verme en la calle dentro de ocho días.

LORIOL ¡Ah! ¡vamos! le despiden a usted con miramientos.

CAYETANO No me despiden, sino que mi amo suprime el coche. (Busca la compuerta con la vista.)

LORIOL ¡Ah! ¡ya!

CAYETANO A ver si me encuentra usted una buena colocación.

LORIOL Nosotros no proporcionamos ninguna mala. (Coge un registro. Cayetano descubre la compuerta.)

CAYETANO ¡Ah! aquí está.

LORIOL ¿Cómo?

CAYETANO Digo que aquí está la cuestión... (y la compuerta. Ya no necesito saber más.) (Olvidándose del pretexto se dispone a marcharse.)

LORIOL ¿A quién sirve usted ahora?

CAYETANO (Retrocediendo.) ¿A quién sirvo?

LORIOL Sí; necesitamos saberlo, por si quieren pedir informes.

CAYETANO ¡Ah! perfectamente. (Voy a darle mi nombre.) (Alto.) Sirvo al barón de Beruel.

(Tritón, que entró por la derecha, en traje propio de

un director de agencia, con barba y anteojos ahumados, oye la última contestación de Cayetano.)

TRITÓN ¿Eh?

CAYETANO (Se vuelve y ve a Tritón.) ¡Ah! (A Loriol.) El señor es sin duda el amo.

LORIOL (Afirmando con la cabeza.) El señor Fadié. (Consulta sus registros.)

CAYETANO ¡Buenas noches!

TRITÓN Buenas noches, amigo.

CAYETANO (¡Yo su amigo! ¡Canalla!)

TRITÓN ¿Si no he oído mal, es usted cochero?

CAYETANO De pies a cabeza, sí, señor. (¡Oh, manes de mis antepasados!)

TRITÓN ¿Y sirve usted todavía en casa del barón de Beruel?

CAYETANO Sí, señor, un amo excelente... ¡la perla de los amos!

TRITÓN Entonces; ¿por qué le deja?

CAYETANO (Distraído.) ¿Por que le dejo? (Recordando.) ¡Ah! ¡toma! ¡por qué suprime el coche!

TRITÓN ¡Ah! ¡ya! Y diga usted, ¿es el mismo *baroncito* de Beruel, de quien hablan los periódicos a propósito de un asesinato?

CAYETANO (Ya pareció el peine.) (Alto.) Sí, señor, si; he oído hablar de eso, del crimen de la calle de Turín. (Triton se acerca a Loriol.)

TRITÓN Eso es. Señor Loriol. Le recomiendo este muchacho. Hay que facilitarle una buena colocación.

LORIOL Está bien. Marcaré su nombre con una cruz.

CAYETANO (¡Detrás de la cruz el diablo!) (Alto.) Muchas gracias.

TRITÓN Dé usted sus señas al señor Loriol. (Se vuelve al escritorio.)

CAYETANO (A Loriol.) Ponga usted: Pedro Durán... (Es el nombre de mi cochero: váyase lo uno por lo otro.).

LORIOL (Escribiendo.) Pedro Durán... ¿Señas?

CAYETANO Calle de las Damas, número 25.

LORIOL (Escribiendo.) Número 25.

CAYETANO No se olvide de poner la cruz.
LORIOL Ya está.

ESCENA IV

Dichos y ADELAIDA, la cual, sin fijarse en Cayetano, que está de espaldas al foro, se dirige hacia Tritón.

TRITÓN (Con vivo interés.) ¿Y bien?
ADELAIDA ¡Vendrá! (Cayetano se vuelve y ve a Adelaida.)
CAYETANO (¡Ah!) (Volviéndola la espalda.) (¡La criada de María! ¡Si me reconoce estoy perdido!) (Se cala el sombrero hasta las cejas y se alza el cuello de la levita; saluda y se va por el foro sin volver la cara hacia Adelaida, después de haberse despedido de Loriol.) ¡Hasta luego!
LORIOL ¡Vaya con Dios!

ESCENA V

Dichos, menos CAYETANO.

TRITÓN Señor Loriol, puede usted retirarse.
LORIOL Está bien. (Cierra su registro. Toma su sombrero y se va por el foro saludando.) ¡Buenas noches!
TRITÓN Buenas noches, señor Loriol.

ESCENA VI

TRITÓN y ADELAIDA. Tritón se quita los anteojos y la barba.

TRITÓN ¡Uf! Me ahogo bajo este disfraz de hombre honrado. (Cierra la puerta del foro.) ¡Habla! ¿Qué ocurrió?
ADELAIDA Seguí tus instrucciones.
TRITÓN ¿Esa muchacha habló con la condesa?
ADELAIDA No.
TRITÓN Respiro.
ADELAIDA La esperé a la puerta del hotel, fingiéndo-

me criada de los condes de Valmy, y mientras la entretuve hablándole de su hermano, después de haberle dicho que la señora había salido y no volvería hasta muy tarde, vino el Lobo y le entregó tu carta.

TRITÓN Eso ya lo sé.

ADELAIDA ¿Ha vuelto ya el Lobo?

TRITÓN Sí, en la cueva está durmiendo la mona. (Señalando la compuerta.) ¿Y después?

ADELAIDA Genoveva leyó tu carta y me dijo: Un sujeto que ha salido hoy de la cárcel me escribe diciendo que tiene que comunicarme algo importantísimo de parte de Luciano. Me da cita en una agencia del muelle de Plateros. ¿Qué haría usted en mi lugar?—Eso, según de qué agencia se trate—contesté yo, fingiendo cierto recelo. ¿Es por casualidad la agencia de Fadié? Consultó la carta y dijo: Sí, sí... Agencia Fadié... Entonces puede usted ir sin temor alguno, dije yo, es la más acreditada de París... Y se fué resuelta a seguir mi consejo.

TRITÓN Estaba seguro de que caería en el lazo.

ADELAIDA ¿Qué te propones?

TRITÓN Mi plan es algo arriesgado y hay que prever todas las contingencias. (Abre la compuerta y llama.) ¡Lobo!

ADELAIDA Estaba medio borracho.

TRITÓN ¡Lobo!

LOBO (Dentro.) ¡Uuu!

TRITÓN ¡Despierta, animal!

ESCENA VII

Dichos y EL LOBO.

LOBO (Sacando la cabeza.) ¿Qué pasa?

TRITÓN ¡Ven acá!

LOBO (Saliendo.) Estaba durmiendo.

TRITÓN Escucha.

LOBO Soy todo oídos.

TRITÓN ¿Está cerrada la compuerta de hierro de la alcantarilla que pone la cueva en comunicación con el río?

LOBO Naturalmente... como que el río crece desde anoche y si la compuerta no estuviese cerrada, antes de una hora se habría inundado la cueva.

TRITÓN Pues vas a abrirla.

LOBO ¡Abrirla! Se va a inundar el sótano.

TRITÓN Eso es lo que yo quiero.

LOBO ¡Maldita la falta que nos hace el agua!

TRITÓN Ya sabemos que preferirías ahogarte en vino. Anda, y no te duermas otra vez; estate ahí cerca, dispuesto a salir cuando yo te llame.

LOBO ¿Y si antes se inunda el sótano? (Bajando.)

TRITÓN Tomarás un baño, que buena falta te hace. (Cierra la compuerta, obligando al Lobo a bajar rápidamente la cabeza.)

ESCENA VIII

TRITÓN y ADELAIDA.

ADELAIDA ¿Se puede saber cuál es tu plan?

TRITÓN No ignoras que por la noche, una vez cerrada aquella puerta, (Señala a la del foro.) mi gente entra y sale por la alcantarilla que desemboca en la margen del río.

ADELAIDA Y la agencia de Fadié se convierte en cuartel general de la cuadrilla de Tritón.

TRITÓN Esta noche, habiendo observado que la policía ejerce mucha vigilancia en la orilla del Sena, he dispuesto que mis hombres entren por la puerta de escape que da al callejón. (Señala a la puerta que hay detrás del escritorio.)

ADELAIDA Bien, pero ¿qué tramas contra la muchacha?

TRITÓN Quiero obligarla a escribir a su hermano

una carta de la cual se desprenda, sin que ella lo adivine, que el asesino es Luciano. Luego, para evitar que me descubra, la encerraré en el sótano.

ADELAIDA ¡Va a perecer ahogada!

TRITÓN Lo siento, pero su muerte es inevitable.

ADELAIDA ¡No las tengo todas conmigo!

TRITÓN ¿Has avisado a Calandria?

ADELAIDA Sí, ha dicho que será puntual.

TRITÓN Está bien. ¡Ah! ¡la ventana!

ADELAIDA Tienes razón. (Cierra las maderas de la ventana.) Con estas maderas almohadilladas se puede gritar, sin peligro de que oigan nada desde fuera.

TRITÓN Ahora, vete a esperarla. En cuanto la veas...

ADELAIDA Pierde cuidado. Como llegue a la puerta, yo la hago entrar. (Vase por el fondo.)

ESCENA IX

TRITÓN y CALANDRIA.

TRITÓN (Sacando el reloj.) ¡Las diez! Calandria debe estar ahí. (Abre la puerta de la derecha.) ¡Entra!

CALAN. ¡Presente! ¿Qué ocurre? ¿Algún buen negocio? (¡Ojo al cristo, que es de plata!)

TRITÓN Escucha. Te has quejado de que yo trabajaba por mi cuenta, sin dar participación a los demás.

CALAN. ¿Yo?

TRITÓN Sí... Pues bien, yo quiero trabajar contigo porque eres más inteligente que esos idiotas que forman sociedad con nosotros.

CALAN. (¡Me escamo!) (Alto.) ¿De qué se trata?

TRITÓN De ganar, por tu parte, quinientos francos.

CALAN. ¡Quinientos!

TRITÓN Sí.

CALAN. ¿De qué manera?

TRITÓN Dejándote meter en chirona.

CALAN. ¿Dejándome prender?

TRITÓN Es preciso que mañana te encuentres en la prevención.

CALAN. ¡Demonio! la cosa es grave.

TRITÓN Es necesario. Harás de manera que esta noche te lleven al cuartelillo. Nada más fácil... Te haces el borracho, insultas a un municipal y te dan alojamiento por cuenta del Gobierno.

CALAN. (Si me niego estoy perdido.) (Alto.) Se puede arriesgar. Como no he estado procesado nunca, la pena que me impongan no puede ser muy grande. ¡Convenido! Allá voy. (Marchando.)

TRITÓN Espera.

CALAN. (Retrocediendo.) ¿Hay algo más?

TRITÓN Sí.

CALAN. ¡Demonio!

TRITÓN Una cuestión de detalle. Volverás aquí a media noche y te daré una carta que te meterás en el bolsillo, a fin de que la policía, al registrarte, se incaute de ella.

CALAN. La cosa es fácil.

TRITÓN Si te preguntan acerca de la procedencia de la carta, dirás que te la confió una muchacha de tu barrio, para nacerla llegar a manos de un hermano suyo, que está en la cárcel de la Prefectura.

CALAN. (¡Ya caigo!) (Alto.) ¿Y qué más?

TRITÓN Nada más.

CALAN. ¿Y los quinientos francos?

TRITÓN A tu salida.

CALAN. Convenido. A las doce volveré por la carta; a las doce y cuarto insultaré a un guindilla; a las doce y media estaré en el cuartelillo y mañana en la Prefectura.

TRITÓN ¡Anda! ¡Y sobre todo chitón!

CALAN. Nada temas. Por quinientos francos puede uno hacerse el borracho, faltar a la autoridad y darse un punto en la boca. ¡Hasta luego!

TRITÓN No faltes.

CALAN. Pierde cuidado. (Con intención.) ¡Volveré! (Vase por la puerta de la derecha, que Tritón cierra tras de él.)

ESCENA X

TRITÓN.

Todo está bien preparado. La carta que encontrarán en el bolsillo de ese hombre surtirá su efecto y la desaparición de la muchacha pasará por una prueba. (Mira la hora.) ¡Las diez y cuarto!.. Mucho tarda... Si no viniese, todo mi plan se derrumbaría como un castillo de naipes... ¡Oh! antes iría yo a su casa... A toda costa debo evitar que esa chica pueda hablar mañana con la condesa, con esa maldita mujer que no dejaría de decirla: «El hombre que víste en mi casa es el hermano de mi marido; es el vizconde de Valmy». Y una vez sobre la pista, los sabuesos de la policía llegarían seguramente hasta Fadié, director de la agencia de colocaciones del muelle de Plateros, y de aquí a Tritón, jefe de bandidos... Esa muchacha es la única que puede perderme... Es preciso que desaparezca. (Señalando a la puerta de la derecha.) La puerta de escape está cerrada. Mis hombres son los únicos que la conocen. ¡Bah! No hay nada que temer. ¡Ah! Oigo pasos... (Escucha al fondo.) Alguien se acerca... (Pasa a la derecha detrás de la rejilla.)

ESCENA XI

TRITÓN, ADELAIDA y GENOVEVA.

ADELAIDA (En el foro.) Pase usted, señorita.

GENOVEVA (A la puerta.) No veo a la persona que tiene que hablarme de parte de mi hermano.

ADELAIDA Va a venir. Entre usted.

GENOVEVA (Entrando; aparte.) (¡Ay! ¡qué lúgubre es esto!) (Viendo que Adelaida cierra precipitadamente la puerta.) (Tengo miedo). (Alto.) Dispense usted, señora; puesto que esa persona todavía no ha llegado, la esperaré fuera. (Tritón, que ha vuelto a ponerse la barba y los anteojos, sale del escritorio.)

TRITÓN No.

GENOVEVA ¡Ah! (Asustada.)

ADELAIDA Me la has asustado.

GENOVEVA ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? (A Adelaida.) ¿Dónde me ha traído usted?

TRITÓN Se lo voy a decir.

ADELAIDA Ya ve usted que no se la hace esperar.

TRITÓN ¡Tú, lárgate!

ADELAIDA ¡Cómo!

TRITÓN Déjanos solos.

ADELAIDA ¿Me lo dices a mí?

TRITÓN ¿A quién ha de ser?

ADELAIDA Es que...

TRITÓN (Furioso.) ¡Te he dicho que largo de aquí!

ADELAIDA ¡Bueno! ¡bueno! no te sulfures. (¡Oh! ¡yo estaré al acecho!)

ESCENA XII

TRITÓN y GENOVEVA.

(Genoveva ha pasado a la derecha, mientras Tritón ha cerrado con llave la puerta del fondo.)

GENOVEVA Por Dios, caballero; dígame si realmente es de parte de mi hermano que me han entregado esta carta.

TRITÓN No.

GENOVEVA ¿No? ¿Entonces?...

TRITÓN La escribí yo.

GENOVEVA ¿Usted?

TRITÓN Sí.

GENOVEVA ¡Ah! Ya comprendo; me han tendido un lazo.

TRITÓN La hice venir a mi casa.

GENOVEVA ¡Déjeme salir!

TRITÓN Salga usted, si puede.

GENOVEVA (Acercándose a la puerta del foro.) ¡Socorro! ¡A mí!

TRITÓN Nadie la oirá. (Da algunos pasos hacia ella.)

GENOVEVA ¡No se acerque!

TRITÓN Se espanta usted sin motivo, señorita. No se trata de hacerle ningún daño.

GENOVEVA Pruébelo abriéndome esa puerta.

TRITÓN (Acercándose a ella.) Luego. No corre prisa. Hablemos con calma. (Genoveva pasa detrás de la mesa.)

GENOVEVA Yo no tengo nada que decirle.

TRITÓN (Siguiéndola.) Usted... puede ser; pero yo sí.

GENOVEVA No le conozco a usted.

TRITÓN ¿No? Míreme usted bien. (Se arranca la barba y los anteojos, coge el quinqué, que habrá sobre la mesa y lo levanta a la altura de su cara.)

GENOVEVA ¡Ah!

TRITÓN ¿Me reconoce usted? (Vuelve a poner el quinqué sobre la mesa.)

GENOVEVA ¡El vizconde de Valmy!

TRITÓN (Abalanzándose sobre ella.) ¡Desdichada! ¿Quién le ha dicho a usted mi nombre?

GENOVEVA La condesa.

TRITÓN ¿La vió usted?

GENOVEVA La he visto hoy.

TRITÓN Y sin duda usted le ha dicho...

GENOVEVA ¿Qué era usted el asesino de María Fedor? No. Pero se lo diré, porque ya no me cabe duda.

TRITÓN (Asiéndola bruscamente por el brazo.) Tú nada dirás.

GENOVEVA (Forcejeando.) ¡Ah! ¿Piensa usted asustarme? ¡No soy más que una débil mujer, pero no le tengo miedo! (Se desprende de él. Tritón se calma de pronto.)

TRITÓN Tenga usted en cuenta que se halla en mi poder.

GENOVEVA Puede usted asesinarme también a mí. Ya lo sé.

TRITÓN Al menos puedo ponerla en la imposibilidad de perderme. Aquí tiene papel y pluma. Escriba usted lo que le voy a dictar.

GENOVEVA Dígame antes lo que tengo de escribir.

TRITÓN He preparado un borrador. (Saca un papel del bolsillo y lee.) «Luciano».

GENOVEVA ¡Ah! ¿es a mi hermano?...

TRITÓN Sí. «Luciano; el dador es de toda confianza... Parto para Londres con las alhajas. Cuando te pongan en libertad, que sin duda será pronto, por falta de pruebas, ven a buscarme, a las señas convenidas... Genoveva...»

GENOVEVA ¡Infame!

TRITÓN Llámeme usted todo lo que quiera, pero escriba.

GENOVEVA ¡Jamás!

TRITÓN ¡Escriba! (Abalanzándose otra vez sobre ella.)

GENOVEVA ¡No! (Pasa a la derecha.) ¡Si ha decidido usted mi muerte, máteme! ¡Yo no escribo eso!

TRITÓN ¡Matarte! ¡Es claro que te voy a matar!

GENOVEVA ¡Así escaparé a la deshonra!

TRITÓN ¡Ah! ¿Es eso lo que te asusta? ¡Pues desengáñate, porque morirás deshonrada!

GENOVEVA ¡Socorro! ¡Socorro!

TRITÓN Ya te he dicho que no vendrá nadie a socorrerte.

GENOVEVA ¡Ah! ¡cobarde!

TRITÓN Elije entre escribir esa carta o morir sin honra.

GENOVEVA ¡Mil muertes antes que hacerme cómplice de sus infamias!

TRITÓN ¡Ah! ¡te espanta más la deshonra que la muerte! ¡Yo haré que cedas! ¡Lobo!... ¡Lobo! (Abre bruscamente la compuerta. El Lobo sale con presteza.)

ESCENA XIII

Dichos y el LOBO.

LOBO ¿Qué hay?
TRITÓN ¿Te gusta esta muchacha?
LOBO ¡Oh! (Con un rugido de alegría salvaje.)
TRITÓN ¡Te la doy por compañera de covacha si persiste en negarse a escribir lo que le ordeno!
GENOVEVA ¡Monstruos!
TRITÓN ¡Por última vez, o la carta o la deshonra en las garras de esa fiera! (Genoveva da un grito y vacila medio desvanecida. El Lobo la recibe en sus brazos dando una especie de rugido salvaje, y se dispone a llevársela a la cueva.)
GENOVEVA ¡Ah!
LOBO ¡Eeeh!

ESCENA XIV

Dichos y DORVAL, por la compuerta, seguido de dos guardias de orden público y de CAYETANO. Luego CALANDRIA, por la puerta de escape y ADELAIDA, por la izquierda.

DORVAL ¡Pronto! ¡Aquí! (Arranca a Genoveva de los brazos del Lobo, mientras uno de los dos guardias sujeta al bandido por el cuello, derribándole al suelo.)
TRITÓN ¡Traición!
CAYETANO (Revólver en mano.) ¡Son nuestros! (Tritón huye por detrás del escritorio. El segundo guardia le dispara un tiro a través del enrejado, sin herirlo.)
TRITÓN ¡Huyamos!
ADELAIDA ¡Me lo decía el corazón! (Se dirige a la puerta del fondo y la encuentra cerrada. Se dispone a seguir a Tritón, pero suena el tiro y ella retrocede.)
TRITÓN ¡Mala puntería!
DORVAL ¡Daos presos!
CAYETANO ¡Un paso y tiro! (A Adelaida. Tritón abre la puerta de escape y se encuentra con Calandria, que le apunta un revólver.)

CALAN. ¡ No hay paso !

TRITÓN ¡ Traidores ! (Retrocede un paso: desvía con la mano izquierda el arma de Calandria, y con la derecha levanta un puñal contra él, pero el segundo guardia, que le ha alcanzado, le sujeta por detrás.)

CALAN. ¡ Nos diste el ejemplo !

TRITÓN ¡ Ah ! ¡ maldición !

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Despacho del Procurador de la República en el Palacio de la Justicia. Puertas al foro y laterales. A la derecha, la mesa del Procurador. A la izquierda, la del escribano. Indicaciones del lado del público.

ESCENA PRIMERA

El JUEZ y el ESCRIBANO.

(Este último se halla sentado a su mesa, trabajando. El juez de pie, delante de la mesa, mira la hora de su reloj.)

JUEZ — Van a dar las ocho.

ESCRIBA. — ¿Para cuándo le citó a usted el señor Procurador de la República?

JUEZ — Para las ocho en punto.

ESCRIBA. — Pues va a llegar seguramente de un momento a otro.

JUEZ — ¿Tiene usted aquí los expedientes relativos a los arrestos de anoche?

ESCRIBA. — Aquí están, señor juez. (Se los va entregando.) Antonio Fadié, alias Tritón. José Vanves, apodado el Lobo. Adelaida Galé, conocida por la Tritona. Esos tunantes tienen todos su mote.

JUEZ — (Hojeando el expediente.) Creo que esta vez hemos dado con los asesinos de María Fedor.

ESCRIBA. — Las declaraciones de Genoveva Bernal son muy graves.

JUEZ — Y las del agente Dorval son tan terminantes, que no dejan lugar a duda.

ESCRIBA. — El convencimiento moral brota del sumario.

JUEZ — Unicamente falta la prueba material de los hechos; ya que no se puede esperar la confesión de los autores de esos crímenes.

ESCENA II

Dichos, el CONDE, por la derecha, muy afectado.

CONDE — (Saludando.) Señores...

JUEZ — Señor conde... (El escribano saluda con una inclinación de cabeza.)

CONDE — Le he convocado a usted, señor juez, para examinar juntos esa triste causa relativa al crimen de la calle de Turín.

JUEZ — Precisamente me disponía a ir a casa de usted cuando recibí su aviso. Deseaba darle cuenta de las nuevas detenciones operadas anoche.

CONDE — Sí, ya sé.

JUEZ — Nos hallamos en posesión de tres individuos en quienes recaen graves sospechas de haber tomado parte en el crimen, sobre todo el llamado Fadié, alias Tritón.

CONDE — (¡Todavía ignoran su verdadero nombre!)

JUEZ — Con eso la causa toma un nuevo giro, y yo no vacilo en creer que Luciano Bernal es inocente.

CONDE — Soy de la misma opinión, señor juez.

JUEZ — Si a usted le parece bien, vamos a interrogar a una mujer, llamada Adelaida Galé, antigua criada de la víctima.

CONDE — ¡Bueno! (El juez toca un timbre. Aparece un hujier.)

JUEZ — (Al hujier.) Hagan entrar a la mujer que está ahí. (Al conde.) ¿Quiere interrogarla usted mismo?

CONDE — No; usted. (El conde se sienta a su mesa.)

ESCENA III

Dichos, DORVAL y A'DELAIDA.

DORVAL (A Adelaida.) ¡Entre, mujer! (Dorval se queda en el fondo cerca de la puerta.)

ADELAIDA (Ya te llegará a ti tu San Martín.) (Por Dorval.)

JUEZ Acérquese usted.

ADELAIDA Es claro que voy a acercarme. ¿Se figuran que tengo miedo? Yo soy una chica honrada.

DORVAL Señor juez, esta chica honrada es la querida del acusado Tritón.

JUEZ ¡Ah! (A Adelaida.) Ha sido usted presa por tentativa de homicidio en la persona de una joven.

ADELAIDA ¡Oh! ¿Es posible inventar semejantes infundios?

JUEZ ¿Niega usted?

ADELAIDA Con toda la fuerza de mi alma.

DORVAL ¡Qué aplomo! La cogimos infraganti.

ADELAIDA Mentira. Me prendieron injustamente. Encontrábame por casualidad en una agencia de colocaciones, en busca de una plaza.

DORVAL Y yo le proporcioné una en la prevención.

JUEZ Cuando está sin plaza, ¿de qué vive usted?

ADELAIDA De lo que me dan mis amigos.

JUEZ ¿Sirvió usted en casa de María Fedor?

ADELAIDA Sí, señor; y si ella estuviese aquí, le diría que nunca tuvo de mí le menor queja.

JUEZ ¿Estaba usted allí cuando fué asesinada?

ADELAIDA Estaba en mi cuarto... durmiendo.

JUEZ ¿No oyó usted nada?

ADELAIDA Nada. Pero sé que había estado en casa, aquella misma noche, un joven llamado Luciano Bernal, al que acusan de haber asesinado a mi pobre ama. Y, efectiva-

mente, el asesino es él; pueden ustedes creerme.

CONDE Déjese de afirmaciones gratuítas.

ADELAIDA (¿Quién será ese?...) Oí su conversación... yo estaba cabalmente detrás de la puerta... ¡oh! simple curiosidad... Mi señora enseñó sus aderezos al joven... El los cogió, los examinó, les dió vueltas y más vueltas en la mano... y hasta preguntó cuánto valían... me acuerdo perfectamente.

JUEZ ¡Ah! ¿Preguntó el precio de las alhajas?

ADELAIDA ¡Cuando yo se lo digo!... Mi ama le contestó: «Este aderezo vale sesenta mil francos.» El hizo así... (Remedando un movimiento de asombro.) sus ojos brillaron como áscuas... y repitió: «¡Sesenta mil francos!»

DORVAL ¡Esa mujer miente! Tiene interés en salvar a su amante y acumula cargos contra ese pobre Bernal, que es inocente.

ADELAIDA Lo que digo es la pura verdad... ¡Mi palabra vale tanto como la de un polizonte! Entonces fué cuando Luciano Bernal insistió para que mi ama le recibiera aquella misma noche y le entregase la llave de la escalera interior.

JUEZ ¿Está usted segura?

ADELAIDA ¿No le digo a usted que yo estaba detrás de la puerta?

JUEZ ¿Y María Fedor acabó por ceder? ¿Le entregó la llave?

ADELAIDA Ella no quería, pero el muy tuno la cogió.

JUEZ ¡Ah!

ADELAIDA Sin que lo notara mi ama: lo ví perfectamente.

DORVAL ¿Cómo pudo usted verlo, estando detrás de la puerta?

ADELAIDA Es que la entreabrí en aquel momento... Estuve a punto de entrar y denunciarlo

a mi pobre señora, pero pensé: ¡Bah! ¡cosas de enamorados! ¡Cuánto más riñen, mejor se reconcilian!

JUEZ — Entonces, ¿según usted...?

ADELAIDA — Fué Luciano Bernal quien cometió el crimen.

DORVAL — (¡Ah, miserable!)

JUEZ — ¿Por qué no declaró eso antes?

ADELAIDA — Porque les tengo horror a esas cosas. (El juez habla bajo al conde y dice luego a Dorval:)

JUEZ — ¿El acusado Bernal está ahí?

DORVAL — Sí, señor.

JUEZ — Hágalo usted entrar. (Dorval se va por el foro.)

ADELAIDA — (¡Mucho ojo, Adelaida! ¡que no te cojan en ningún renuncio!) (Dorval hace entrar a Luciano.)

ESCENA IV

Dichos y LUCIANO.

JUEZ — ¿Conoce usted a esa mujer?

LUCIANO — Sí; la vi varias veces en casa... en casa de María Fedor.

JUEZ — Esa mujer afirma que usted sustrajo la llave de la escalera interior.

LUCIANO — ¡Miente!

DORVAL — Lo que yo decía...

JUEZ — Afirma también que usted tuvo en la mano el aderezo de la víctima... y que se enteró usted de su precio.

LUCIANO — Es falso. (Á Adelaida.) Atrévase usted a decirlo delante de mí.

ADELAIDA — ¡Pues no me he de atrever! ¡Como que lo ví con éstos! (Por sus ojos.)

LUCIANO — ¡Oh!

ADELAIDA — Aquí no se trata de hacer aspavientos, sino de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Usted fué el que mató a la señorita. Acabe usted por con-

fesarlo, puesto que no le queda otro remedio.

LUCIANO ¡Oh, esto es demasiado! ¡Dios mío, yo no puedo más! Todo conspira contra mí. Si dan crédito al testimonio de esa miserable, estoy perdido. ¡Oh, no! me defenderé... quiero defenderme... ¿Pero cómo? ¿Con qué medios?... No puedo producir ante mis jueces más que palabras de protesta. Y esto no basta, ¿verdad? Ustedes necesitan pruebas. ¡Pruebas! ¡Pero si no las tengo!

ADELAIDA ¡Y qué va a tener, si lo que he dicho es la pura verdad!

LUCIANO ¡Infame!

ADELAIDA ¿Palabrotas? (Se encoge de hombros en señal de desprecio.)

LUCIANO ¡Ah! si yo estuviese solo en el mundo, despreciaría su falso testimonio... Pero tengo una persona amada por quien velar: ¡mi hermana Genoveva!... ¡Pues bien! ¡Por ella faltaré a mis juramentos y hablaré!

JUEZ ¡Ah! (El conde y el juez se levantan.)

LUCIANO Al señor conde de Valmy. A él solo.

ADELAIDA (¡Ese es el conde de Valmy!)

JUEZ (Al conde.) ¿Tiene usted inconveniente?

CONDE Ninguno.

JUEZ (A Dorval.) Llévese esa mujer.

DORVAL (¿Qué irá a decirle?)

ADELAIDA (¡El hermano de Roberto! Nos hemos salvado.) (Vase con Dorval.)

CONDE (Al juez y al escribano.) Déjenme solo con el acusado. (Vanse por la derecha primer término.)

ESCENA V

CONDE y LUCIANO, después DORVAL.

CONDE Antes de oir su confidencia, debo manifestarle que ya no le considero como un

ásesino. (Movimiento en Luciano.) Es usted inocente del crimen por el cual fué preso. Tengo pruebas y las produciré hoy mismo.

LUCIANO Señor conde...

CONDE Su honor no puede ser puesto en duda. Considérese usted, pues, como libre y rehabilitado. Y ahora caballero, ¡hable usted!

LUCIANO Es que, después de lo que acabo de oir, no sé si debo...

CONDE ¡Señor mío! Acabo de darle una prueba de franqueza y lealtad, y tengo derecho a exigir la recíproca; ¡hable usted! Quiero saber qué confidencias tiene usted que hacerme. Por dolorosas que sean quiero oirlas. ¿Se trata de la condesa?...

LUCIANO Está usted en un error, señor conde... Se trata únicamente de nosotros dos.

CONDE ¿De nosotros dos?

LUCIANO Sí. En el sumario de este proceso se omitió una formalidad importante. Debió empezarse por comprobarse la identidad de mi persona.

CONDE ¿Qué quiere usted decir?

LUCIANO Que no me llamo Bernal.

CONDE ¡Que no se llama...

LUCIANO No. Soy hijo natural. Mi verdadero y único apellido es el de mi madre. El hombre que la engañó, el hombre que la sedujo, la abandonó cobardemente. Hasta los veinte años ignoré quién era el autor de nuestro infortunio. La pobre mártir me reveló su nombre momentos antes de morir. Señor conde, mi madre se llamaba Magdalena Borel.

CONDE ¡Magdalena Borel!

LUCIANO Sí.

CONDE (¡Dios mío!)

LUCIANO ¡Y es usted quien me juzga hoy! Si mi padre hubiese cuidado de mi infancia ¿cree usted que yo hubiese tenido que

comparecer jamás ante el Procurador de la República?

CONDE ¡Oh!

LUCIANO Había jurado no revelar nunca este secreto... ¡Quería olvidar hasta el nombre del que tanto hizo sufrir a mi pobre madre! Pero al ver, aquí, hace un momento, que el testimonio infame de esa mujer iba a dar fuerza a la acusación, más infame aun, que pesaba sobre mí, olvidé mis juramentos y hasta mi dignidad, porque no debería hablarle a usted así, y tomé la resolución de revelar este secreto... ¡Pero a usted solo! He cumplido mi palabra... No por mí, sino por usted (Movimiento en el conde.) ¡Sí! Creyéndome perdido, no quería, en caso de ser condenado, que mi condena pesase un día sobre su conciencia. (El conde, anonadado, se oculta el rostro entre las manos.) Y ahora, señor conde, me considera capaz de haber sido el amante de su esposa?

CONDE ¡Oh! ¡no, no!

LUCIANO ¡Mi madre era una mujer de bien, y no pudo educar a su hijo para el robo y el asesinato!... Ahora que sabe usted quien soy; ahora que sabe usted quien me educó en los principios de la honradez; ahora que puede estar seguro de la inocencia de la condesa de Valmy, ¡siga usted acusándome, si se atreve!

CONDE ¡Luciano! ¡Luciano! ¡Perdón!

LUCIANO No es a mí a quien debe usted pedir perdón, sino a mi madre, que desde el cielo le oye y le juzga.

CONDE ¡Luciano! ¡Hijo mío!...

LUCIANO (Fríamente.) ¡Cuidado, que le pueden oir!

CONDE ¡Oh, cuán cruelmente se venga!

LUCIANO No tengo ninguna venganza que ejercer. Usted es el conde de Valmy; yo no soy más que una pobre criatura olvidada en

la tierra... ¡No le odio... le compadezco y le perdono!

CONDE ¡Ah! (Entra Dorval.)

DORVAL Está ahí la señora condesa de Valmy con la hermana del acusado, y quiere absolutamente hablar con el señor Procurador de la República.

CONDE Que entre... (Vase Dorval.)

LUCIANO ¡Ah! ¡Voy a ver a Genoveva!

ESCENA VI

Dichos, PAULINA y GENOVEVA.

PAULINA ¡Aquí la tiene usted!

LUCIANO ¡Hermana mía!

GENOVEVA ¡Ah! (Precipitándose en los brazos de Luciano.)

PAULINA Dispense usted, señor conde, pero no he podido resistir a las súplicas de esta pobre muchacha. He sabido que estaba usted aquí, que Luciano había de ser conducido a su presencia, y he querido echar la hermana en brazos del hermano.

CONDE Has hecho bien, Paulina. (A Luciano.) Luciano Bernal, dentro de un momento estará usted libre.

GENOVEVA ¡Libre! ¿Oyes, Luciano? ¡Libre!

CONDE Sí. Libre y rehabilitado.

PAULINA ¡Ah! ¡Ya sabía yo que era inocente!

CONDE Creo que el verdadero culpable se halla en poder de la justicia.

GENOVEVA ¡Sí! ¡Ese hombre que anoche me tendió un lazo para matarme!

LUCIANO ¡Matarte!

GENOVEVA ¡Oh! pero no me arredré. Pensé en ti, Luciano, y esto me infundió valor.

CONDE Señorita, sírvase usted pasar ahí con la condesa. (Izquierda.)

GENOVEVA ¡Cómo! ¡Separarnos tan pronto!

CONDE Es necesario... Paulina, he sido muy injusto y muy cruel... ¿Me perdonarás?

PAULINA Sí. (Tendiéndole la mano.)
CONDE ¡Gracias!
PAULINA ¡Vamos, Genoveva! (Las dos mujeres se van por la izquierda. El conde toca el timbre; aparece Dorval.)
CONDE Acompañe usted al señor ahí dentro. (Derecha, primer término.) e introduzca después al llamado Tritón.
DORVAL (Al conde.) Está bien. (A Lucinao.) ¡Tu mano de amigo!
LUCIANO ¡No; la de hermano! (Se van por la izquierda.)
CONDE ¡Ni una mirada siquiera!... ¡Cruel castigo!... ¡Ahora, a juzgar a mi hermano!... ¿Mi hermano?... ¡No! un criminal... Magistrado, reprime los impulsos de tu corazón... arrostra el lodo que va a salpicarte; ¡cumple con tu deber! (Abre la puerta de la derecha, primer término.) Pasen ustedes, señores.

ESCENA VII

CONDE, JUEZ, ESCRIBANO; luego TRITÓN y DORVAL. (El escribano se sienta a su mesa.)

JUEZ ¿El acusado Bernal confesó algo?
CONDE Sí.
JUEZ ¿Es culpable?
CONDE ¡Es inocente! He mandado que introduzcan al llamado Tritón... Va a venir... Señor juez, interrógale usted.
JUEZ Como usted guste. (Se sientan en la misma disposición que antes.)
DORVAL (A Tritón.) Entre usted.
TRITÓN (Entrando; aparte.) (¡Mi hermano! ¡Ah! ¡me salvé!)
JUEZ ¿Jura usted decir la verdad?
TRITÓN Si es preciso... lo juro.
JUEZ ¿Cómo se llama usted?
TRITÓN Antonio Fadié, alias Tritón.
CONDE (Levantándose.) Este hombre falta a la ver-

dad. (Movimiento de viva sorpresa y de interés en los demás.) Este hombre se llama Roberto de Valmy. (Sorpresa general.)

TRITÓN ¡Cómo!

JUEZ ¡Señor conde!..,

CONDE Señor juez, este hombre es mi hermano. Continúe usted el interrogatorio como si el acusado me fuese completamene extraño. (Se quita la condecoración y se sienta otra vez.)

JUEZ ¿Confiesa usted llamarse Roberto de Valmy?

TRITÓN ¡Pse! Puesto que así se lo proclamó la voz de la sangre, lo confieso.

JUEZ Se le acusa a usted de haber asesinado a María Fedor.

TRITÓN ¡Oh! ¡eso lo niego! ¡La acusación es falsa!

JUEZ ¿Puede usted decirnos en qué empleó usted el tiempo la noche del crimen?

TRITÓN Ante todo, pregunto yo: ¿Cuándo se cometió ese crimen? Porque yo nada sé.

JUEZ Hace cuatro días... el viernes último, entre once y doce de la noche.

TRITÓN ¡Ah! Pues nada más fácil que decir a ustedes donde me encontraba en aquel momento... Cabalmente estuve en casa de mi hermano... ¿Verdad que me encontraba en tu casa?

CONDE ¡No!

TRITÓN (Muy turbado.) ¡Cómo! ¿Qué le da?... Sabes muy bien que estuve en tu casa...

CONDE (Al juez.) Sí, pero fué al día siguiente del crimen, para venderme un collar de brillantes robado a su víctima.

TRITÓN (¿Se ha vuelto loco?) (Alto.) Señor juez, no sé lo que le pasa a mi hermano... será un ardid... una prueba, sin duda... Pero yo le juro que ha perdido la memoria.

CONDE Confesó su crimen en voz alta, en el momento de ir a cometer otro homicidio en

la persona de una joven llamada Genoveva Bernal.

TRITÓN ¿Quién ha dicho tal cosa?

ESCENA VIII

Dichos, CAYETANO y CALANDRIA, por el foro.

CAYETANO Yo.

DORVAL Yo.

CALAN. Y yo.

TRITÓN ¡Es falso! Toda esa gente se ha confabulado contra mí para perderme. No he vendido ningún collar a mi hermano; lo dice porque le estorbo en el mundo. ¡Se avergüenza de mi porque es rico y yo soy pobre! En cuanto a mi detención, yo probaré que hubo violación de domicilio. Estaba en mi casa, en compañía de una joven, es cierto, pero aquella joven había acudido libremente a una cita que le di. ¡Que me prueben lo contrario!

CONDE (Acercándose a él.) ¿No eres el asesino de María Fedor?

TRITÓN No.

CONDE ¿Y si tu víctima no hubiese muerto? ¿Y si viniese a acusarte? ¿Si viniese a decirte: ¡Roberto de Valmy, eres un ladrón! Roberto de Valmy, eres un asesino?

TRITÓN ¡Ah! ¡quisiera verlo!

CONDE ¡Mira! (El conde abre la puerta de la izquierda, primer término.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, PAULINA, luego GENOVEVA.

(Paulina aparece a la puerta. Al verla, Tritón da un grito y retrocede espantado.)

TRITÓN ¡Ah!... ¡Ella! ¡Ella! (Paulina da algunos pasos hacia él.)

PAULINA ¡Asesino!

TRITÓN ¡María Fedor! (Paulina le señala con el brazo tendido.)

PAULINA ¡Asesino!

TRITÓN ¡Perdón! ¡Perdón! Sí, soy el culpable.

TODOS ¡Ah!

JUEZ (A los guardias.) ¡Apodérense de ese hombre!

TRITÓN (Forcejeando.) ¡No! ¡no quiero morir en el patíbulo! (El conde, disimuladamente, da una pistola a Tritón, diciéndole en voz baja.)

CONDE ¡Toma, desdichado! ¡Salva de la ignominia el nombre de nuestro padre! (Tritón se precipita hacia la puerta de la derecha, primer término, empujando a todo el mundo; en el momento en que los guardias van a seguirle, suena un tiro y Tritón cae de espaldas en el umbral de la puerta. Estupefacción general.)

TODOS ¡Ah!

CONDE Luciano Bernal, está usted libre... El asesino de María Fedor acaba de hacerse justicia. (Genoveva, que salió en el momento de la detonación, se arroja en brazos de su hermano.)

LUCIANO ¡Libre!

GENOVEVA ¡Luciano!

PAULINA ¡Amigo mío! (Al conde, como para infundirle ánimo y resignación, estrechándole la mano.)

CONDE (Con mucha intención, hablando por él.) ¡Ay, Paulina! ¡No hay crimen que tarde o temprano no se expíe!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

JUICIOS DE LA PRENSA

MADRID.—«Estreno en Parish». Anoche se estrenó en el circo de la plaza del Rey un melodrama del señor Enseñat, titulado TRITÓN.

La obra abunda en situaciones dramáticas, y fué aplaudida por la concurrencia, que hizo levantar el telón varias veces al final de cada uno de los actos.

Al terminar el segundo, el señor González tuvo que adelantarse hasta la batería para decir que el autor no se encontraba en Madrid.

El público premió con sus constantes aplausos la labor de Pepe González, que en ésta, como en todas las obras que interpreta, ha demostrado ser un artista de gran talento y flexibilidad de condiciones.

Al concluir la representación, el señor González, acompañado de los demás intérpretes, se presentó multitud de veces en el palco escénico para escuchar la ovación de que era objeto.

De "Heraldo de Madrid".

Don Juan Bautista Enseñat, afortunado adaptador de «Les deux gosses», ha vuelto a explotar el folletín escénico con un melodrama en cinco actos, bajo el título sugestivo de TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO.

En él puede ver el curioso espectador un asesinato, un suicidio, un robo, un secuestro, varios ladrones y, en fin, todos los «ingredientes» de que debe echar mano el perfecto constructor de melodramas.

José González y su compañía fueron los encargados de estrenar anteanoche en Madrid el drama de Enseñat, y de los muchos aplausos que tributó el público, una gran parte corresponde a los intérpretes.

De "El Liberal", de Madrid.

VALENCIA.—"Apolo" —Anoche, y con un lleno completo se representó por primera vez en Valencia el melodrama en cinco actos TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO.

El público oyó con viva atención toda la obra, y al final del cuarto acto rompió en aplausos, que no cesaron ya en el resto de la representación, y al final fué llamado el autor a la escena. ¡Lástima que no se pueda poner la obra con buen decorado! Pero de todos modos es obra que dará muchas entradas.

En la ejecución se distinguieron, en primer lugar, el señor Rivelles, que encarnó muy bien la parte de protagonista, siguiendo las

señoritas Martínez Perlá (C.) y Plasencia, señora Rebert, y los señores León, Bobi, Romeu, Trecolí y Minguez.

De "La Correspondencia de Valencia".

PALMA DE MALLORCA.—"Asistencia Palmesana".—El melodrama TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO, de nuestro paisano don Juan B. Enseñat, es la obra que se representó anoche en este teatro.

Consta de cinco actos, desarrollándose en ella una acción altamente interesante que hace que el público la contemple con gran atención.

El señor Manera, lo mismo que los demás artistas, cosecharon grandes aplausos.

El señor Enseñat fué repetidas veces llamado a escena, tributándole el público al presentarse en ella una calurosa ovación.

De "La Almudaina".

El estreno del melodrama TRITÓN, de nuestro paisano D. Juan B. Enseñat, atrajo anoche numerosísimo público al teatro de la "Asistencia Palmesana".

En los cinco actos de que se compone el drama, se expone una acción que interesa al gran público.

El desenlace, que se espera con ansiedad, fué calurosamente aplaudido.

El asunto es el de una reciente causa célebre, que el señor Enseñat ha sabido adaptar a la escna sin que el interés decaiga un solo momento.

El estreno de esta obra coincide con un movimiento del Teatro hacia ese género novelesco en que por cansancio, especialmente en París, del cultivado hasta ahora, que se basaba en la infidelidad conyugal y en el divorcio, se ha echado mano a las aventuras de los criminales del gran mundo y a las proezas de los detectives.

Por estos días se ha estrenado en Madrid una obra de esta clase, "Raffles", excelente muestra de lo que priva ahora en el teatro inglés.

Los intérpretes de TRITÓN oyeron aplausos por su trabajo, y el señor Enseñat fué llamado a la escena al final de cada acto y al terminar la obra, en que los aplausos fueron incesantes.

De "La Ultima Hora'.'

* * *

Los artículos extractados bastan para dar una idea del éxito obtenido por esta obra donde quiera que se representó.

Por no cansar al lector omitimos los juicios unánimemente laudatorios que la prensa de Zaragoza, Pamplona, Logroño, Castellón, Canarias y otros puntos emitió sobre la obra cuando ésta se representó en dichas poblaciones.

2.80

TEATRO POPULAR

ADMINISTRACIÓN: ARAGÓN, 386. — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO, por A. Bourgeois y Paul Febal.
2. EL CRISTO MODERNO, por José Fola Igúrbide.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR, por Ducange y Dinaux.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, por Tirso de Molina.
5. LA CARCAJADA, por Felipe D'Ennery.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO, por José Fola Igúrbide.
7. LA TABERNA, por Emilio Zola.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY, por Lope de Vega.
9. FANSOMAS O EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE, por Gervais y Musset.
10. CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, por Calderón de la Barca.
11. EL MÉDICO DE SU HONRA, por Calderón de la Barca.
12. MIGUEL STROGOFF, por Julio Verne.
13. EL ÚLTIMO CARTUCHO, por J. Molgosa Valls.
14. CATALINA HOWARD, por A. Dumas (padre).
15. EL LICENCIADO VIDRIERA, por Moreto y Cabaña.
16. LOS MÁSCARAS NEGRAS, por Augusto Fochs Arbós.
17. TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO, por Juan B. Enseñat.

SEMANA PRÓXIMA:

LA HERMANA DEL CARRETERO